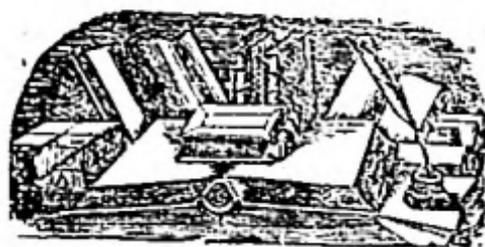


HOJAS DE PRIMAVERA.

(COLECCION DE ARTICULOS)

POR

F. J. Falqu ez y Ampuero



GUAYAQUIL

IMPRENTA SUCRE.

1903.



PH. ANTONIO GONZALEZ
MENDOZA Y CARRANZA
CALLE LAMAS, 11 QUITO, ECUADOR

WILLIAM A. GLENN
FOR MARGO F. ZWILJEW

Jóvenes Generosos:

Este libro es vuestro: santo, ingenuo, libre. Santo, porque en sus páginas impregnadas del aliento á rosa de la juventud, no hallareis qué pueda ofender vuestra inocencia: ingenuo, porque fué compuesto para almas tiernas que no ha de engañar el hombre, si quiere tener una vejez tranquila y respetable: libre, porque las ideas necesitan un sembrador que no sufra contrarresto y se lance á verterlas en lo hondo del surco á medio día. ¿Qué más podéis exigirme?

Esta colección de artículos no vale un pito y quizá fastidie á más de un literato: me alegro; ésa no será sola mi recompensa, faltaría vuestra gratitud, corona de oro de mis desvelos. ¿Qué son mis polvos escritos?; ecos dispersos de mis tristezas, de mis nostalgias; ansias mal reprimidas de objetos intangibles; impulsos de llorar á gritos por una estrofa, por una nube, por una mujer; hojas fugitivas de la historia de una vi-

da trabajada por la desgracia y nada más, jóvenes míos, que pasáis por el mundo desierto como una ola ardiente de progreso. Sólo una hora me besó la frente la poesía: la que empleo en escribir estas líneas; después he vivido en noche lóbrega de dolor, hasta que habéis llegado á regocijarme, cantando como aves de lumbre: bien venidos seáis y quedáos conmigo!

Aquí teneis la ofrenda que no aspira al sagrario; le bastaría estar sobre una mesa al alcance de vuestras manos no sucias, hoy que están las más destilando fango. Yo, también quiero ser de vuestra legión civilizadora; si no hay un claro para un número, estrechad la fila, que entro con este libro santo, ingenuo, libre: tomad y leed!

F. J. FALQUÉZ Y AMPUERO.

Enero de 1903.

ITALIA

*Salve, magna parens frugum,
 Saturnia tellus,
 Magna virum.*

VIRGILIO.


UANDO yo era niño oí por la primera vez la historia de esta hermosa península de Europa, y mi alma se estremeció de regocijo. Cada vez que la casualidad la hacía llegar hasta mí se renovaba la impresión, y todavía en el momento de trazar este artículo, el recuerdo de ese país dichoso me transporta de alegría. Hoy, como ayer, me entusiasma todo lo que de él me refieren los viajeros y anhelo estremecerme al contacto de aquella tierra mitológica, evocar del pasado sus clásicas leyendas y sentarme á meditar, como Chateaubriand, sobre sus ruinas en la inestabilidad de las cosas humanas.

Ya las auroras de la infancia desaparecieron para dejar campo á las secundantes llamaradas del sol de juventud, que alumbra el camino de mi

vida; ya he visto rodar desatentadas, ciegas, muchas de mis ilusiones al pavoroso abismo del desengaño: quiero, pues, tributar á Italia el homenaje del hombre pensador y sensible.

Tenía quince años cuando Virgilio y Tito Livio me mostraron en toda su masculina grandeza el carácter de los romanos. Entonces les ví batallando, esgrimiendo sus espadas que reflectaban los visos de la gloria, asordando sus campos, cargados de perfumes silvestres y de átomos de vida, con el clamor de la trompetería; hiriendo los hijares de los caballos con el acicate, ostentando sus armaduras que resplandecían entre nubes de polvo, removiendo sus inmensos cascos empavonados sobre cuyas cimeras volaban penachos rojos, acuchillando al enemigo "todo el tiempo que duran la cólera y el día", y formando un laberinto de sombras épicas que parecían revolverse en el más temible de los abismos del Veda.

En Italia, en esa tierra inmortal cuyas montañas repiten los cantos del humilde labrador que conduce su carro á las *vendimias*; en donde más hermosa que todo es la luz de Roma, y las mujeres, son gracias que brotan en dulce calma del ramaje de rosas; en Italia, nido de genios y de artistas, vive el divino espíritu de la Grecia, y por una admirable coincidencia que abrillanta su mérito, el viajero que se enternece sobre el apacible sepulcro de Virgilio, descubre en el horizonte de un cielo encantado mecíéndose le cuna del Tasso.

Yo venero á este gran país que lleva el eterno sello de ambas Italias; porque si la moderna levanta su San Pedro y la Sixtina, la antigua le opone el Foro y el Coliseo; si la primera hace que bajen del Capitolio sus emperadores sanguinarios, la segunda forma la dilatada hilera de sus pontífices simoníacos; si la una nos seduce con Ugolino, Francesca de Rímni, Otelo y Fiesco, la otra llora melancólicamente

cólicamente los dolores de Pellico y de Petrarca; si la Italia del Paganismo tuvo el puñal redentor de Bruto, la Italia democrática ostenta la espada de luz de Garibaldi.

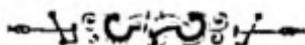
¡Oh pueblo! ¡Oh recuerdos mágicos!

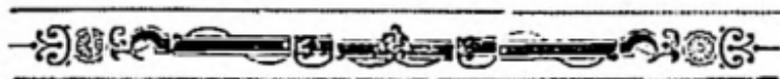
Italia ha sido en todo época el verjel de Europa, el cofre de oro de las artes y de las letras. Todo en ella es alto, extraordinario, típico. Sus monumentos bañados por la luz de un cielo serenísimo; sus montes envueltos en nubes de gracia y color inimitables, que parece que Roma ha extendido sobre ellos los mantos de púrpura de sus Cónsules y Césares; sus ríos azules y tranquilos que dan fértil riego á las campiñas, en que al aura del crepúsculo se columpian las copas de árboles garbosos y dorados; sus volcanes que lanzan amenazantes rugidos: todo este acopio de luz y oscuridad, de deliciosa alegría y sagrada tristeza, forma un contraste embelesador en el suelo privilegiado donde las musas cantan en coro las excelencias de la Naturaleza, donde existieron las dos facciones, guelfa y gibelina, y, más tarde, el espíritu audaz de Massaniello estalló en ardiente explosión de libertad. ¡Tierra de los milagros del Dante, yo te saludo!

¿Quién que ame lo bello, lo grande, lo respetable, no deseará vivir en Italia? ¿Qué corazón no suspirará por las maravillosas impresiones de este pueblo heroico, inteligente, tierno, alegre, cuando en él tiene puesto de honor esa feliz y gloriosa Florencia que guarda como reliquias, la lámpara que alumbraba las noches de Policiano, las grandiosas esculturas de Miguel Angel, y despierta en el recuerdo, los poéticos jardines en que Lorenzo el magnífico, componía los voluptuosos cantares á cuyos sonos bailaban los vírgenes etruscas? ¡Tierra prometida, patria de la ilusión, olimpo del genio, recibe las bendiciones de América!

Mil ideas confusas me asaltan mientras escribo.

este ligero artículo. Tan pronto son deseos incontenibles de extenderme más en la pintura de tan soberbio cuadro, como de arrojarlo á las llamas purificadoras en que perecían los cuerpos de los antiguos romanos: unas veces admiro la virilidad latina, sus virtudes ejemplares, sus bellezas eminentes, y otras veces detesto sus vicios destructores de una raza de gigantes, su crueldad salvaje, su insaciable sed de dominación. Pero este movimiento de odio, propio también del alma honrada de Gibbon, sujerido por el eclipse total de moralidad á que llegó Roma en tiempo de los Tiberios, Claudios y Neronos, desaparece, cuando en los desvanes de mi cerebro se levanta el más puro de mis ideales, la más hermosa de mis esperanzas, la de pasear por Roma dormida en su lecho de siglos, á la luz de la luna, admirando la calma y blancura de sus edificios, la profundidad de sus sombras, y la melancolía del astro que proyecta sus argentados resplandores sobre las soledades de la Ciudad Eterna.





CARTA A LOS R. R.
-->DE<--
-->GUAYAQUIL ARTISTICO<--

Guayaquil d 3 de Diciembre de 1900
S.S. R.R. DE GUAYAQUIL ARTISTICO

PRESENTE

Muy S. S. mios:



NO carecían de razón U.U cuando se negaban á enviarme *gratis* su importante Revista, porque á quien no contribuye siquiera con un grano de arena á la erección del hermoso monumento que U.U. levantan á la Literatura Nacional, se le debe mirar como á un mal patrióta ó cuando menos como á un "indiferente", de los que hostiga á sol y sombra la pluma de águila de Moutalvo.

Os asombrará, talvez, mis amigos, la confesión que acabo de hacer, pero no es sorprendente que al presentarme ante un tribunal tan severo co-

mo el de U.U., en mi papel de reo declare, sin ambages, que soy culpable de la infracción de que se me acusa. Así cumplo los deberes de la conciencia, tan sagrados, para el hombre de bien, y despierto en U.U. las dormidas piedades de la caridad y del perdón. Adelante. !

Me había formado el propósito de mantener cerrada la boca para no incurrir en falta alguna, mas es el caso que en días anteriores uno de U.U., me dijo: "Oye, ¿cuándo es que cumples con la Revista?; estás obligado á escribir algo para ella, y "sino lo haces en esta semana, te retiramos el favor de enviarte nuestros trabajos." Ante tan elocuente prueba de energía, declinó la inflexibilidad de mi promesa *in petto*, y me dispuse á enderezarles esta carta para llenar el deber penoso que tengo con mis camaradas de oficio, y nada más.

¿Y cómo es posible que yó, pobre hablador de cosas insubstanciales, escriba algo digno de la admirable Revista de U.U.? Creer que puedo hacerlo sería *vanidad de vanidades*, que bien la censurarían de botones adentro los mismos que hoy me ponen la pluma en la mano. No por malevolencia, no por pequeñez, se vituperan los actos de notoria petulancia: la enmienda es el objeto de la crítica seria. Se ampara al mérito de los ataques de la envidia, se impulsa al genio cuando empieza á desplegar sus alas celestiales: esto es noble, hermoso, laudable; pero á quien no se levanta un palmo de celebridad, á quien esconde su modestísimo nombre literario más de lo que conviene á todo hijo de vecino, qué miramientos le debe el público sensato, qué aplausos la prensa ilustrada, qué protección el poder civil?— *ningunos*. !

No se afanen, pues, queridos Mecenas, en hacerme partícipe de sus altas labores; no he nacido para literato ni siquiera para disculpable escritor de artículos amorosos, que esto lo puede ser

quien haya leído algunas páginas de la *Nueva Eloisa* de J. J. Rousseau ó de *Pablo y Virginia* de Sainte-Pierre. El palacio en que vive esa reina encantada que se llama Literatura, no se abre al primer pinzochó que le asalten deseos de conocer tan bella mansión: sus puertas, cerradas á los profanos, se frauquean con el ramo de oro del jardín de Armida, y éste sólo puede cortarle una mano experta, que no la mia enseñada á coger la humilde florecilla que nace en el huerto de mis padres.

Pero ya que U.U. se empeñan en hacerme hombre de letras, allá van estos sonantes parrafitos, incontenible manifestación de mi rudeza y de mi falta de pericia para esta clase de asuntos.

—Destierren, de la Revista, todo conato de mal entendido compañerismo; digan la verdad á secas á la gran mayoría de escritorzuélos zascandiles; que obsta el adelanto del arte nacional; no soliciten apoyo de los *poderosos de la tierra*, montón aseado, hez de la comorlidad; escriban para el pueblo de Guayaquil artículos fulminantes, ligeros, de corte ático, entusiastas; imprímanlos, háganlos circular profusamente en las clases sociales menesterosas de luz; ofrézcanlos á los desabridos que no gustan de lecturas sólidas; metan por los ojos esas páginas resplandecientes, fragantes, armoniosas, y si es posible repartan gratis esas tiras de cerebro, y no se curen mucho del éxito, que en último resultado es de quien más se atreve: sed perseverantes y sereis invictos. !

Olvidaba, mi gerundiana prudencia, recomendarles que ha llegado el momento de que las publicaciones literarias se emancipen del enfadoso lirismo, que está en boga: sientan bien una exquisita poesía ó una elegante prosa, pero esto no basta para entrar más adentro en el espíritu del siglo, y sí ataja el impulso benéfico de la literatura en la sociedad. Colorear del pálido azul de los

• sueños las ideas nuevas del progreso, á cuya influjo se regenera el mundo, es declarada sandez de una porción de *reformistas*, que han perdido la cabeza á cambio del oropel de una fama pasajera. Para éstos cierran las puertas de la Revista; sean broncos eu desahuciarlos de sus pretensiones, que ya se irán con la musica á otra parte, ó perderán la manía.

En materia de arte no queremos que prevalezca más que la verdad, después estamos dispuestos á recibirlo todo, porque nada tenemos. Literatura es sinónimo de adelanto, por consiguiente no se ha de buscar sino verdades. Y medítese en que el sistema moderno de ideas se mueve en sentido de una revolución sociológica profunda, la cual no se sabe si ganará ó perderá el hombre, y que el estar parado cuando el cerebro anda, no es estar parado sólomente, es exponerse á quedar deshecho por una fuerza absoluta. El reposo equivale en este caso al suicidio: ésto lo enseñan las religiones, y la inteligencia servil lo aprende, lo asimila y luego lo trasmite, de modo que la muerte es la herencia del pensamiento cuando aún no ha tenido campo de escojer y comparar, es decir, que más le valdría no haber nacido. Pero, llega una hora feliz en que la ciencia, que tiembla sobre el universo, como hálito poderoso de vida, roza la frente helada de este cadáver y la enardece y la dota de acción y energía: entonces es de ver cómo se dispara la furia mojígata, soplando por extinguir la llama luminosa que se levanta, difícilmente, del espíritu apenas vivificado: lo de más es conocido, vulgar, todo se reduce á secundar el desgaste de las fuerzas anímicas, por medio de un orden de teorías homicidas: labor de jesuitas, de roedores.

Ustedes, sin embargo, han querido pue yo escriba alguna cosa, que tome parte en la sinfonía general y corra el albur de resultar desafinado:

sea, y sirva de amparo la sobrada buena fe que me ha guiado en el curso de esta larga carta; de manera que si alguno de mis lectores ha recogido poco ó mucho de lo que he hablado, mis palabras no se perderán en el aire, que vivirán en su recuerdo; y los que no *porque no*, tengan en cuenta mi resistencia á tratar cuestiones peliagudas, para disculpar que haya roto con una nota desacorde la armonía de una revista literaria.

F. J. Falquez y Ampuero





Emilia Zola



DICE Pompeyo Gener que Zola es un gran talento, un coloso, una fuerza de la literatura moderna. Pero es una fuerza brutal, un coloso bestial, un talento acanallado. Lo vil, lo bajo, lo sucio, forman sus argumentos. Sus obras impresionan por el cúmulo de detalles pequeños, repugnantes, patológicos. Deploro no ser de la opinión del notable Pompeyo. Zola es un médico sincero: su escalpelo extirpa el miembro corrupto que amenaza destruir el organismo, y sus diagnósticos no se fundan en quimeras ni se vindican con el tecnicismo soso: son infalibles. ¡Qué hombre tan importante! Es preciso que tenga un alma extraordinaria para haber escogido una misión tan ardua. ¡Qué vida! ¡Qué artista! Su estética es diversa de la de los

escritores chirles: no es patrimonio de hombres vulgares, si de los sublimes, espejos brillantísimos de la incorrupción.

Afirmo que Zola posee la fe de un vidente: áspera y sombría talvez, pero fecunda y provechosa; que su lucha por la Moral es titánica, ardiente, porfiada; pero su genio batallador está colmado de melancolía, prenda segura de altos caracteres, si viven empeñados en mejorar á sus semejantes.

El éxito de un escritor consiste en que disponga de dos fuerzas eminentes: *voluntad y valor*. Esta clase de potencia real, efectiva, cree Emerson, que es la que grangea y monopoliza el homenaje de los hombres, la que da origen á todo lo que hoy se tiene por esfuerzo del cerebro humano. Zola, delante de su gran enfermo, la Sociedad, lo estudia con avidez, lo toca con su vara mágica, lo deja en cueros, y entonces vemos sus formas feas, gastadas, puercas, que han enamorado á tantos filósofos imprudentes. Los obreros del naturalismo, bravos y constantes, son los modernos caballeros de la humanidad, y no importa lo que hagan para defenderla de los vicios: el único privilegio de toda obra consiste en estar bien hecha.

No quiero negar que vilezas y perversidades están pintadas magistralmente en las obras de Zola, porque esto lejos de ser un argumento contra el ilustre escritor, contribuye á difundir su reputación. Impresionan sus novelas, sobre todo motivo, por inspirar una aversión profunda hacia las deformidades morales. Las bajezas no se pueden escribir sino con sus caracteres propios, y los que han acometido la penosa empresa de censurar lo malo, están obligados á ser verdaderos. Pero hablemos claro. Somos esclavos de las gracias divinas del lenguaje, y nos son ingratas las formas

estrictas de que se vale Zola para anatematizar lo innoble, lo ruín. Estudiemos la Belleza en su tipo durable: las formas no son como las rosas todas lindas, y si es suficiente la presencia de un elemento ético en un objeto para despertar nuestro afecto, con cuánto mayor razón debemos amar á un hombre, si en su alma resplandecen elevadas virtudes. De otro lado, hacer mangas y capirotos de una figura literaria por el hecho de que nos desagrade, es oficio de envidiosos. Montaigne aconseja tratar con prudencia el mérito ajeno: "juicio despejado y menos volandero, dice el buen gascón, han de considerar estos Ensayos."

La especie de que Zola es un novelista tan loco y sucio, tan hosco y grosero, que su vista perturba los éxtasis de las inteligencias delicadas, es inaceptable á la sana crítica, que admira la obra prodigiosa de un escritor tan sincero. En el odio gratuito de los enemigos de Zola hay mucho de la creencia de los griegos, para quienes toda persona bella era tenida por acepta á los dioses. Si las obras del padre del realismo disgustan á los censores de ocasión, es porque desconocen sus nobles tendencias: la pluma en manos de este hombre ó de Flaubert es un arma terrible, y la generalidad está acostumbrada á verla convertirse en instrumento de servilismo y de zalanería. De Zola se podría decir que es más feo que un trueno, pero que es *todo sesos*, pero que es honrado, pero que no se envilece con actos infames. No embargante, sépase que Nerón y Pedro el Cruel eran ángeles por la cara y demonios en lo de arrebatarle la vida al prójimo.

Donde quiera que Zola advierte un desperfecto concentra todas sus energías para enderezarlo. Su vista es sorprendente, inerrable. La idea de regeneración social no es una mera concepción de su

espíritu, si no que tiene su objetividad propia, en otros términos: esa belleza que se alza grave y gallarda en sus novelas analíticas, no es imaginaria, es real, práctica. No hay, pues, causa para apodarar á tan consumado maestro desabrido escritor de novelas pornográficas, como quiere el clero ignorante; es por el contrario un filósofo, un reformador, un socialista de altos designios. Kropkine lanza á las multitudes á una lucha desigual para recobrar sus prerrogativas usurpadas; pero Zola se contrae á curar á estos miserables apesadados, que á tontas y á locas entran al berriuche anarquista: ¡laudable propósito, muestra de caridad evangélica para un mundo que más le valiera á Dios echarlo á doce!

Permauecer con los músculos inactivos y la voluntad embarazada, es difícil á los hombres sublimes, decía Zaratustia. Por eso Zola que ha vencido monstruos y ha adivinado enigmas por risos; que sabe permanecer respetable y tieso delante de sus contrarios, trabaja con ahinco, lucha denodadamente y al fin quedará de señor del campo; porque le empuja hacia el Ideal un viento fuerte, por que no tiene tullidas las alas membrudas de águila, por que su rayo fulguroso rompe en viaje nudoz por las capas sociales oscuras. El que no es rey de los aires no debe cernerse sobre abismos; el que no es inexorable no se dispare contra los vicios enconados para exterminarlos; el que no es puro no llame impuros á los demás: vanidad agriada, envidia contenida, corrupción hipócrita, de vosotras parten esas llamas de odio que devoran al mundo. ¡Cuánto esfuerzo del mal para triturar el indomado carácter de Zola, cuánta diatriba hacinada por la calumnia para destruir su renombre!

¡Ser verídicos..... pecos lo saben!

Menos que otro los pequeños. El juzgar y condenar sin apelación es la venganza favorita de las almas estrechas con las más amplias, una torpe indemnización por lo que recibieron de menos de la Naturaleza. Para lo grande, mezquindad; para lo chico, largueza: ésta es la recompensa del público estulto: el ejercicio de la justicia plebeya. He visto ya á tantos palidecer cuando oyen alabar el mérito de una elevada intelectualidad, que dudo pueda haber quien *sepa* lo que es sublime ó vulgar. "Ved, ese que viene por allí es un hombre de talento"; pero de qué sirve que lo digáis, si la respuesta más común, *de cajón*, es: "un loco, obscuro, borracho, no me llaman la atención." El *hoy* de los genios pertenece á la difamación: sólo la inepticia tiene patente para meter ruido en el mundo.

Prosiga Zola estudiando los gérmenes funestos que aniquilan el organismo social: ¡acaben de irse los elefanciacos del vicio! ¿Querría el alma unos cuerpos flacos, horribles, pestilentes? Moribundos envenenados, seres de quienes la tierra está cansada, úlceras vivas que un rayo de sol tortura, desapareced! Cuerpos suenos, espíritus luminosos, evitad el mal olor! ¡Alejaos del contagio! Zola os pone de manifiesto las enfermedades que destrozan á los hombres: aprovechad sus lecciones y no seréis del número de los lisiados. Y vosotros, sus detractores, *almilas hinchadas*, sabed que á los varones conspícuos no pueden rasguñar fátuos y pedantes. La sinceridad y meollo de un escritor se revela en todas sus palabras, en su dictorio y en su elogio. El lenguaje nervioso, las sentencias fulminantes, el cuadro exacto, os hacen el efecto de una descarga eléctrica, pero equivocais la denominación llamando á Zola nauseabundo: no lo es; cortad las palabras que están llenas de vida y de la sangre pura que necesita la sociedad para regenerarse.



El Baile



UNA de las más bellas manifestaciones del espíritu es el baile: baile hubo en todas partes de la venerada antigüedad; baile hay en las modernas sociedades á pesar de que la mogigatería le mueve cruda guerra en púlpito y confesonario; baile habrá mientras alienten quienes arrojan á puñadas alegría y seducción desde las cumbres de la vida: corazones ardorosos, impresionables, delicados, que roban á flor de boca, ósculos dulcísimos á la Felicidad: placer celestial por el que la juventud se está inflamando á la continúa, sin que sea parte á desviarla, la censura de *aquellos á quienes las apariencias arrastran fatalmente al descrédito*, como decía Morati:

Pues bien majadero ha de ser el que se atreva á impedir que hombres y mujeres bailen, cuando danzar es un instinto de la criatura inteligente; cuando del que prefiere mortificarse los pedazos, mientras la humanidad poseída del gozo de vivir se agita en armónico movimiento—como espléndida mariposa al rededor de fulgente llama—se dice que no vale para cosas elevadas y se le tiene por un bellaco, aunque se desgañite predicando moralidad. Sócrates y Platón prescribían que la danza fuese lo primero que se enseñara á los muchachos, Hesíodo y Homero le cantaron rendidamente en sus poemas, los severos lacedemonios lo hacían todo guiándose por la música y el baile, los romanos no dejaban de divertirse en esta forma celebran las fiestas de Marte, y hasta los indios saludaban al sol con una graciosísima danza: ahora, ¿tendrán razón los que declaman contra el baile?

Las mujeres de mi tierra, que son holandesas por lo de amar pasionalmente las flores, también son ángeles por lo de bailar lindo y seguido. No atente usted contra sus dos gustos favoritos y la tendrá complacida, pero quiera apartarla de ellos so pretexto de evitar la "ruina de los sentimientos," como Massillon, y le sabrevendrán más calamidades que si ofendiera al cielo en plena cuaresma. No queda otro recurso que *dejarías hacer*; y luego se ponen tan divinas al bailar; sus rostros, frescos y sonrosados, derrochan tal simpatía, sus cinturas, mórbidas y gentiles, se comban con tanta delicadeza, que ya no hay modo de apartar los ojos de ese foco de impresiones deliciosas, y el embeleso, cada vez más intenso, nos domina y enloquece, y al fin bailamos como unos chiquillos, confundiéndonos con el brillante tropel de ninfas, cuyo entusiasmo se rie del pobre cazurro que se está en un rincón devorado por el despecho.

No es prudente, bajo ningún punto de vista, estorbar la acción benéfica del cuerpo en que se manifiestan poesía, gracia, hermosura, galas inapreciables que concurren á formar un conjunto primoroso: la Mujer, musa coronada de estrellas para el baile mágico de la vida. Impedirle que se dispare á trazar con los brazos y los piés los círculos misteriosos en que se deja tomar prisionero el más valiente maucebo, es bronquedad supina, sandez, ofensa á la cultura. Bailad, hermosas, que estáis muy lejos de incurrir en pecado, vuestros corazones no deben esquivarse de estos regccijos: cantad, sed felices, cuando pocos lo son en el mundo.

La naturaleza tiene impulsos que nadie es capaz de contrarrestar, y los insensatos que lo pretenden, ruedan al abismo del ridículo empujados por la ola incontenible del desprecio público. Tremenda es la carga de Pablo Luis Courier contra los que prohibían bailar á los aldeanos de Azai; abrumadora la cólera de nuestro Montalvo por los hipócritas que se vienen con el rebujo de la devoción para desprestigiar los placeres honestos: sublimes genios indignados, el bello sexo os bendice, y ésta la mejor recompensa de vuestros esfuerzos. ¡Bailar es un crimen, cantar una falta, amar una debilidad! ¡Oh Dios!, cómo no derribas á los imbéciles que se burlan del buen juicio con estas groseras rondallas! ¿A dónde iríamos á parar si sus farsas tuvieran siquiera algún viso de verdad? No: si hay quienes han de caer de bruces en grandes ollas de pez hirviente, son los pícaros mogigatos, no los que decentemente enlazados á una guapa chica de quince abriles, danzan á más y mejor al compás de un *valse* de Straus ó de una briosa *polka* de Becuchi.

Virtud de subidos quilates no la hay en la mentira, la hipocresía, la maledicencia; en la franqueza, la cordialidad, el porte fino y despejado, si:

no hurguéis mucho que encima está el oro puro: enriquecéos, almas mendigas, para quienes los encantos de la edad florida no se han de gozar á cielo descubierto, si no á la sombra. Id, en buena hora, á los profundos á bailar á lo macábrico con diablesas que os hagan iucurables desolladuras, pero no impedáis que los jóvenes se entreguen inocentemente en brazos de Terpsícore, á olvidar los hondos sin-sabores que comienzan por enfermarles el corazón. No concedemos á nadie derecho á entrometerse con este hermoso adorno de la mujer, menos á vosotros que lo hacéis so color de celo por los fueros de la moral cristiana. Sois odiados por vuestras extravagancias, y talvez el sér delicado que no ce-sais de oprimir, montando en ira castigue vuestra temeridad con una reverenda bofetada, que saque de quicios los puercos huesecillos que habéis en esa boca, ayuna del primor con que han de tratar los caballeros asuntos que atañan á las damas. Dispóngase el hombre urbano á quebrar lanzas con el primer malandrín que las entristezca con un desaguizado; respete y honre el cetro del buen gusto que ellas mantienen airoso en sus manos; pongan no en sus frentes divinas, si no á sus plantas la corona del triunfo, que esas señoras tan puntuosas que piensan no las ha de tocar el viento y se andan con paso de reinas menospreciando el suelo, se tornarán blandas, compasivas, humildes, para agasajar al afortunado que ha sido ducho en bailarles el agua.

No, santones, no enfrenéis este poético entusiasmo que nada tiene de perjudicial. Mentis por mitad de la barba diciendo que Satanás es padre de la danza; sembrad vicios y patrañas en pechos fanáticos, pero, sed prudentes en no ajar la brillante flor de virtud que es objeto de los desvelos de Dios: la Mujer. En vuestros conventos, donde todo mal tiene puesto, no puede reinar la alegría, prenda de

la conciencia tranquila, por eso proscibis el baile, que es la gimnasia de los sentimientos levantados. Desoid, amigas cariñosas, la débil amenaza de las excomuniones, y continuad bailando con ese rumbo y salero que es la desesperación de todos los que adoran vuestros encantos. Permanecer tristes no es destino de las bellas: es castigo para los que censuran sus gustos. Bailad, que estáis lanzando rayos de buen humor por esos ojillos escudriñadores de lo que pasa en el paraíso; y mientras la música sea más blanda y cadenciosa, bailad, delante de vuestros padres y amigos, jueces incorruptibles en materia de miramiento y honestidad.





Periodismo no es servilismo
á M. A. Carbo.



*La misión del escritor de talento
consiste en impresionar al pueblo;
agradarle; brillar ante sus ojos
absortos; mostrársele en toda su
sinceridad; ser todo para él, y en
algunos momentos parecerle supe-
rior á todos los demás hombres.*

J. P. RICHTER.

ESCRITOR no es cualquier gazañero. El
que tiene una pluma, un cerebro que sabe
hacer visible las cosas que los demás ni
sienten ni comprenden, es un sér divino.
Así lo entendían Pascal y La Bruyere que
no eran de los últimos de su época, si no
varones ilustres de la raza de los dioses. Para ser

escritor de mérito es necesario nacer con la noble aptitud de las letras: luz en el cerebro y armonía en el corazón. Los griegos y los romanos incluían en la denominación de literatos á los que descollaban en la geometría, la filosofía, la historia, la poesía y la elocuencia. Por eso no merece tan honroso calificativo *el que teniendo escasos conocimientos, se dedica á un solo género; el que no habiendo leído más que novelas, sólo novelas escribe; el que sin conocer la literatura, por casualidad haya escrito una novela ó un drama; el que desprovisto de ciencia, haya pronunciado algunos discursos, no debe estar comprendido entre estos hombres privilegiados.* Esta es la opinión de un viejo respetable en estas materias, de Voltaire, que fué el fenix de los literatos de su siglo.

Espérate á tener pelos en la cara para arrimarte á las faldas, se dice al jovencito amartelado que se deshace por pasarlo de vencedor de muchachas bonitas; y lo mismo conviene á los petimetres del arte bello, que por haber compuesto mala prosa y peores versos, se tienen en concepto de ser más consumados literatos que Aulo Gelio y Racine. Cual quiera amuela un cuerno, pero no escribe la Eneida ó los Anales. Esa pluma es más pesada que la maza de los titanes y no la empuñan vuestras manecillas, seo guapo! Para llegar á literato se requiere diversas etapas de prueba en que el hombre desbasta sus groserías, se adelgaza y siente en la espalda las caricias del ala que brota. La mucha materia obsta la ascensión á vida mejor: la Carne no levanta del suelo la cabeza!

De modo que la profesión que la muchedumbre de sandios se figura asequible á todos, es tan árdua como la Jurisprudencia y la Medicina: luego, ya no veremos de letrado á tanto pelafustán como hay por estos trigos; ahora ha de ser el literato persona de algún viso, de claro entendimiento, un *vir bonus*. Ayer bastaba pergeñar un detestable

soneto para adquirir nombradía de literato, lo que es de todo punto inmoral; porque el verdadero mérito, ese que fulge en la sombra de una modestia ejemplar, no se improvisa como la celebridad hueca de los políticos de trastienda, es el resultado de una vida laboriosa y digna que sólo aprecian los hombres de talento: al mérito le juzga y declara el mérito.

Cuando he oído decir que el escritor se hace con poco esfuerzo, me aborda la ira, por que este pobre criterio, este desdén por un trabajo tan ilustre, es propio de zapateros que apuestan á que terminarán un par de botas en una noche de vigilia. Valientes son los que pasan sobre los mayores riesgos con pecho resuelto, sin ver para atrás; jigantes que se vengan contra ellos les esperarán en campo abierto para hacerlos morder el polvo: escritores no son todos los que quieren, si no los que fueron dotados del verbo divino imperativo y centellante. A los que chorrean impudicia de la pluma, les maldice el mundo; á los que venden ideas mugrientas, feas, los desprecia la crítica filosófica. Escritores y valientes no los hay en número de estrellas: son oro en polvo.

Sin una prensa sabia, independiente, no hay pueblo grande y patriota. ¿Qué sentimiento fino se estimula en donde al escritor le está vedado denunciar crímenes de poderosos, vergüenza de pequeños? El genio de Chateaubriand lo comprendía así, por eso dijo en uno de sus célebres opúsculos para consolidar el trono borbónico; "un pais habituado á oír verdades y á escuchar la opinión, llega á corregirse". Sin prensa libre quedan impunes las atrocidades del poder y fracasa la República Democrática. Amordazado un escritor, ¿quién persistiría en ser ciudadano de ese pueblo de ilotas? Esperar y sufrir, y bajar la cabeza, es lo que acontejan el miedo, la indignidad: "pero la con-

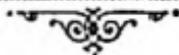
ciencia es la columna vertebral del alma, y mientras se mantiene recta, el alma se sostiene en pié". A quien tiene esta fuerza indomable, ella le basta para no ser esclavo ni mudo. Por supuesto que no raciocinan así los escritores cortesanos, histriones de la palabra: estos imbéciles se arrodillan para componer sus insulceses distirámbricas, y miran con estupor el que Luciano y Courier hablen con el ático desenfado que embelesa y superioriza el espíritu. Ahora, no se vaya á creer que los plumarios se paran en la carrera de la procacidad, no: jadeantes de insultar, enlodados, furiosos, se echan sobre los grandes hombres y les cargan á dentelladas: tal hicieron con Montalvo y Vigil hasamargarles el corazón de encono. Son feroces como los perros de Acteón.

Para apreciar los quilates de una obra literaria, la arenga de Belial en Miltón ó el elogio á Druso por Horacio, es indispensable manejar con experta mano la balanza delicada que se llama "facultad estética". Lemcke quiere al escritor con altas cualidades de crítico, capaz de percibir instantáneamente las buenas prendas ó los defectos de una producción artística; y no concibe, el sabio alemán, como lucen de escritores de verdad, gentes que carecen del "sentido interno" que nos apasiona de las gracias de la naturaleza. Por esto son despreciables los intrusos que gallean de importantes en el mundo de las letras, con desprecio del respeto que ha de inspirar el culto de Apolo á los mortales. Ya Moratin nos ha contado las desventuras de los pedantes; ya Saavedra Fajardo estableció las cualidades de que debe estar adornado el ciudadano de la hermosa República literaria, ahora toca á la crítica ilustrada mover cruda guerra á los malos escritores para escarmiento de todos los que, sin pisca de vocación, abrazan tan ilustre carrera.

Hubo entre nosotros un mandatarario tunante

que odiaba á los escritores y los corrompía con dardivas. Ese infeliz tenía dos placeres favoritos: las proezas de la alcoba y la sed de oro. La prensa de entonces altiva, indignada y tenaz, abrió campaña contra él y le destronó á la larga: pero antes tuvo que deplorar las repetidas deserciones de sus soldados que se pasaron á las filas del pillete, por un empleo vil ó la promesa de "asegurarles una vida honorable". ¡Manchas de cieno que frescas hieden y secas afean la piel!

"Periodismo no es servilismo", es la divisa de los que luchan por la causa de la civilización, que no puede consistir en el sometimiento á nada que sea bajo y á nadie que sea arbitrario: periodismo no es servilismo es la fórmula santa por la cual juran vencer ó morir los caballeros de la legión de la prensa: "periodismo no servilismo", quiere decir, resistencia loable á la tiranía y á los alhagos tentadores de que se vale: franqueza de las más hermosas para hechar por tierra un error y recomendar una verdad, palanca de oro en que se apoya el Estado para atravesar con buen pié el vetusto puente del río del tiempo, cuyas revueltas ondas sepultan más de una maravilla.....





DIALOGO LUCIANICO

Minos, Lucio y Cleofé

MINOS.—¿Cómo te va, Lucio? Cuéntanos lo que hayas visto en la tierra. Se ruje por estos trigos que has sido un bravo militar; que tus secuaces, hambrientos miserables, agotaron todas las rentas; que tus antiguos compañeros de vicisitudes se vieron perseguidos á muerte de los favoritos de la víspera; que renegaste de tus ofrecimientos de conservar incólumes los derechos de los ciudadanos; que celebraste pactos leoninos para engordar á extranjeros, sin asomo de honradez, comprometiendo el porvenir de la Nación; que te

arbitrariedad llegó hasta el punto de violentar el sentimiento público con la imposición de gobernantes espúrios y afeminados, que debieron secundar tus miras de lucro y venalidad; pero, ¡infeliz y descarriado Lucio!, no supiste que perdías á tus gobernados, que petrificabas el progreso, escarnecias la Ley, ancla de salvación de los hombres, volviéndote indigno de mandar? La cúspide debía enseñar á conservarse sobre el nivel de la degradación, y no pasa así: la mayor parte de los que la suben á fuerza de amarguras ruedan vergonzosamente al pantano. Tú, ocioso Lucio, te arrojaste al precipicio por haber buscado colaboradores que, si te mentaban lealtad ascendrada, estaban distantes de merecer la confianza popular: esta es la clave de tu desgracia. ¿De qué te han servido ministros como el zancarrón Cleofé? Por Júpiter, el manso, el dulce, el deseado Lucio, sombra y arrimo de la libertad, había de bajar á estas severas regiones de tirano? Ya te has desprendido de las pompas del mundo, ¿sún te queda la soberbia, madre de la injusticia? Deja esas mañas perniciosas á la puerta del infierno, que ligerito has de prestarte á la azotaina que te espera en ese poste de hierro.

Lucio—¡Oh terrible Minos!, es natural tu enojo, no lo impugno; pero antes de sentenciar mi causa, préstame atención á lo que voy á decir en mi defensa. No es justo negarse á escuchar á un magistrado que siempre cuenta algo nuevo.

Fuí excesivamente bueno: este es el error capital de mi gobierno. Ser demasiado bueno es ser demasiado tonto. El hombre duro y violento toma sin pena la carta de viril, de apto para dirigir á un pueblo. Yo no pude hacer lujo de esta energía, de esta ferocidad, y me perdí en el concepto del país. Se necesitaría un milagro para que en tierra pedregosa, se abriera esa flor delicada y fra-

gante, la más estimada de todos, la benevolencia!

Prosigo con tu venia. Vine al poder por voluntad de los pueblos, sin que por esto deje de considerar que mucha parte tuvieron en mi elevación los delitos de mis antecesores. Cansado el país de sufrir á sus verdugos, en un momento de luz y magnificencia, de heroísmo, llevó á la plaza pública el solio monstruoso de la tiranía y lo hizo pedazos, aclamándome por su libertador y padre: ¡hora de picota para mi, viejo proscrito de la buena nueva!

Minos—Hasta aquí has pronunciado un discurso noble, y como no esperaba de quien tuvo entre los humanos fama de mudo. Esta sí que es una maravilla. Ya veo que no eres un mandria despreciable, si no que has bebido á boca llena de las fuentes de la más refinada hipocresía. No debías hablar en la tierra por que así te convino, y charlas en el infierno más que una cotorra; para ver modo de salvarte de una palizada; acaba de una vez, pobre chamorro, que tus culpas no tienen par ni entre las de Pepete.

Cleofe—Es necesario que Lucio me ceda la palabra..... Yo soy inocente.... Esta garantía la conceden hasta los mortales..... Estáis elocuentísimo..... Me sorprendes.

Minos—Callarás, bellaco. Deja que me forme conciencia de este personaje extraordinario. Me interesa el tipo de Lucio. ¡Qué audaz, no?

Lucio—Seré breve, Minos.

No era posible exigirme una conducta enteramente acorde con mis principios de antaño: los mandatarios somos Tántalos acosados de la necesidad de beber: el agua está cerca de nosotros, y si alguna vez la cogemos con el hueco de la mano para llevarla á la boca, antes de humedecer el borde de los labios, se escurre. Prodigioso sería que un

caudillo cumpliera cé por bé sus compromisos: la primera hora de poder es demasiado oscura para que tengamos la sencillez de asegurar que el resto del día será despejado y luminoso. El que no estuvo en el peligro ignora lo que són las devoradoras inquietudes que asedian á los gobernantes hasta en el sueño. Me sorprende que consideréis vituperable mi administración, cuando existen infinitas circunstancias atenuantes que debéis tomar en cuenta para absolverme. Decid, oh! Minos, ¿qué había de hacer yo triste Phineo de la política, condenado como estaba á que repugnantes harpías me arrebataran la comida de la boca? Defenderme para subsistir: esto aconsejaba la ley natural.

A la morticina luz de una lámpara de sedienta y delgada mecha vigila el tahir sus ganancias; mañana en un golpe de mala suerte las perderá, y ¡cosa rara!, ese hombre rechaza, negligentemente, una fortuna que le ofrece el trabajo pacífico y honrado. Jugadores infelices, los gobernantes hacen apuestas formidables que casi siempre pierden, y dejan para la última, que es la más adversa, el único millón que les resta: el poder. En vista de estas razones espero mi salvación. He sido lo que las circunstancias del país querían, y si no tuve la fortuna de realizar mis ideales, al menos trabajé por ellos con tesón y pureza. Soy enemigo de la falsedad y durante mi vida la obligué á huir de mi lado. No olvides que todos los cargos que hayas de oponerme, le pertenecen á la Nación que me tocó dirigir en una época aciaga, en que el hermoso canto de la civilización parecía desapacible y ágrío. El pueblo desconoce su bien y es peligroso mostrárselo á destiempo.

Minos—Eres el más criminal de los hombres. Me subleva oírte hacer la apología de tus iniquidades. No pretendas desviar mi juicio con tus sofismas, fullero vil; soy inexorable, y creo que si,

Radamanto ó Eaco sentenciaran tu causa, no saldrías mejor librado que conmigo.

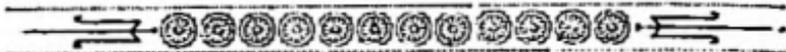
Auda, á que te hagan partijas y tajajos las feroces Eríneas: ésta es la venganza de la justicia celeste. Así debes expiar tus horrendas faltas. Que tus gritos de dolor inciten la crueldad de tus verdugos, y nada sea capaz de enternecer sus entrañas de tigre. Anda!

Cleofe.—Bien me puedes soltar, Minos: soy inocente. Lucio me buscó para que colaborara en su administración, y mi conducta ha sido arreglada á la ley. Si órdenes despóticas están autorizadas con mi firma, la responsabilidad es de quien conservaba en su mano el poder del Estado. Mi papel, pues, era el de un simple Secretario, y nunca hubiera yo lanzado la primera piedra del escándalo con un acto de indisciplina. Excusa la rigurosa obediencia que me imponía una posición tan secundaria, y atiende la buena fe con que desempeñé un empleo en que otros, más audaces, han adquirido fortuna y honores magníficos.

Minos.—Tú no tienes excusa, eres un majadero de tomo y lomo; pero no vengas con pujos de que te deje libre. A ti se debe los atropellos de Lucio, porque se los inspiraste en nombre del prestigio de la autoridad menospreciada, para envilecer á un pueblo que aspiraba á desarrollar las fuerzas vivas de su progreso, sin perjudicar á nadie. Por estas negras perfidias que en la tierra no hubo quien castigara, te condeno á ser tostado en una parrilla, carne de la peor clase, purulenta de vicios, fétida!

¡Idos á vuestro suplicios, réprobos! ¡Mejera, Alecto, Tesifone, á ellos!





HORACIO.

AL CORONEL DELFIN B. TREVIÑO

LA poesía lírica que desde Piudaro no había tenido un verdadero intérprete, halló en Horacio la más perfecta manifestación de su grandeza. Todas las obras de este ilustre vate son de una corrección y delicadeza singulares; pero no se las ha de apreciar sólo por estas cualidades, sino por la filosofía que encierran, pues este es el carácter peculiar á la oda horaciiana.

Horacio lo ha tocado todo: las cosas grandes y las pequeñas; es rico en ideas, espléndido, sério, entusiasta y noble. Leyéndole se siente flotar la tierra como un esquife en un Océano azul. ¡Y que gozo tan indescifrable, qué rocío de voluptuosidad

deja caer su poesía fragante sobre el alma en éxtasis! De los cantos de este bardo pensador, se puede decir con Platón, que respiran una divina locura!

¿Porqué es que tiene tan universal reputación? por que es demasiado bello, pitonizante, fantástico, especulativo. "Es un idealista que hace orgías de color", diría Federico Amiel, y nada sería más cierto que este pensamiento. Ideas, pasiones, cóleras, esperanzas, quejas, risas, dudas, siempre hay en todò esto una secreta intención que no se revela mas que á los iniciados, una sagacidad ingeniosa, una nota espiritual, exquisita. Detrás de la aparente belleza superficial, alegre, radiante, de cualquiera de sus odas, la crítica descubre todo un órden de belleza oculto, misterioso y emparentado con la más alta moral: uno se crée en el templo, no se atreve á respirar, no sale del silencio y de la contemplación: ¡tanto teme que huyan como blancas palomas sagradas los ensueños del poeta!

Las composiciones de Horacio son una colección de esmaltadas mariposas, de perlas, de gotas de luz, y al estudiarlas con detenimiento, se siente en el ánimo la grata impresión de haber visto un tesoro de *pequeñas curiosidades de valor*. Su estructura es más fina que fuerte, más ligera que profunda, más helénica que romana. En vez de execrar los crímenes de los grandes, se divierte en rasguñar con alfileres de oro la piel de las hetarias viejas, de los maridos condescendientes, de las rufanas solapadas y de los copleros rapaces: plebe vil. El contento de vivir y de ver vivir es en compendio la filosofía de Horacio: por cierto que nunca se la halló más hermosa.

¿Habéis estado junto á este peregrino ingenio? ¿Os fué deleitable su amistad? ¿Le amáis todavía?—Sí: pues bien, ya podéis creer en que vuestras facultades poéticas se ilustraron. ¿Cuándo le

vistéis reír era verdadera su alegría? ¿cuándo padecer era conocido su pesar? No me podéis couterstar, porque ninguno de los dos sentimientos brotaba realmente de su alma olímpica; y sin embargo, esta hechicera mentira vale más que la verdad. Mientras esté más contento, más sonriente, más abierto, menos goza; mientras sea más patético, más desgarrado, más espeso, más arrastrado por el sufrimiento, menos dolorido se halla: Horacio tiene la pureza de un Dios; las sensaciones no le dominan! Por su aspecto y sus placeres se parece al gran Júpiter: se oculta detrás de una nube dorada para hacer el amor con altas princesas ó sencillas ninfas, y después de todo, qué dulce resulta el canto en la boca que besó á Leda y Glisera!

Javier de Burgos dice que el vate de Venuso es un Proteo literario: ¡aplaudida razón! ¿Cómo retratar en cortas frases á un poeta que ora toma el vuelo impetuoso del águila, ora el ágil pero abatido de la mariposa? que pasa á cada instante, de las más serias meditaciones filosóficas á la travesura de una fina ironía; del ardiente gabinete de una de sus queridas á los campos ensangrentados de Filipo, y de la festiva mesa de sus comensales á la nave en que viajaba Virgilio? Maravilla tan singular movilidad, más nada pinta fielmente el carácter de Horacio; sino este ardor de espíritu, esta fecunda libertad de locomoción.

¿No puede adivinar la crítica moderna el porqué de una de sus lágrimas ni el de una de sus sonrisas? ¡Una lágrima y una sonrisa pueden ser el resúmen misterioso de tantas impresiones contrarias! Pero no busquemos la causa de los fenómenos psicológicos de los poetas, que sería difícil encontrarla. Estos son como las aves, cualquier ruido les hace cautar. Diga-mos que Horacio es el más armonioso de los cisnes latinos: admiremos sus insuperadas facultades líri-

cas, sus máximas filosóficas, alma de sus odas, y esa como viril plegaria de la vida que se levanta de las hojas de sus libros, impregnadas de perfume y brillantes de amor.

Pará ser leído con agrado en las horas de íntimo recogimiento, y gozar del envidiable privilegio de recibir la mirada de la mujer en el acto más risueño de su existencia: el en que se cree sola en su tocador, el libro debe ser de *lísú de oro* y de un autor elegante como Horacio. Ese volumen que los seres exquisitos prefieren al *viejo misal* y han llevado á veces á sus labios; esas páginas encantadoras, sobre las cuales tantas miradas se mantienen fijas con una especie de tensión amorosa, pongámoslas en las manos rafaelescas de una beldad y el espíritu del poeta vendrá á acariciarlas. Divulguemos esos salmos apasionados á los corazones sensitivos, y entonces florecerán, el amor, que es la respiración celestial del aire del paraíso, y la córdura, que es la plenitud de sentido del hombre.





La Gloria de mi Patria

(Composición premiada con medalla de oro ofrecida al Círculo "Juan Montalvo", por el I. C. C. el 9 de Octubre de 1900.)

LO absoluto no se discute, basta indicarlo y callar. La historia de todas las transformaciones políticas lo enseña, y para convencerse le basta á cualquiera sentir con fuerza la grandeza de una idea llegada á su más alto grado de perfectibilidad-

El hombre quiere su bien, mas no siempre lo conoce; y hubo que enseñárselo de modo provechoso, porque la duda era el estado habitual de su entendimiento, y la Civilización, implacable como una esfinge, le decía: '¡Adivina ó te trago!' Desde entonces, ayer proscritos, hoy restablecidos, los dogmas republicanos han debido más de una vez

su estabilidad á los mismos acontecimientos que los contrariaban.

Los secuaces del despotismo han inventado sendos sofismas para hacer odiosa la Libertad. Principiaron gritando: "la Libertad es madre de la licencia." ¡Malicia, corrupción, bajeza! ¿Cómo es posible que del seno de la Libertad nazca la licencia, cuando hay eterna imposibilidad de que se unan para producir? ¡Falta la hermosa simpatía de los principios!

Empero, ¿qué es la Libertad?: la garantía de los derechos del ciudadano reconocidos y respetados por los demás ciudadanos. Por otra parte, ¿qué es la licencia?: la violación del derecho individual, un acto de opresión y no de libertad: es la vida amenazada, la propiedad inquieta, la conciencia injuriada, es, finalmente, el terrorismo de las masas poseídas de una especie de *delirium tremens* y dispuestas á la destrucción. Invoca el nombre de la salud pública y asesina á los verdaderos patricios; llama á sus crímenes actos de reparación, cubre su rostro de Gorgona con las blancas tocas de la Libertad, y excitada por el olor de la sangre, cuando se equivoca de víctima, ¿quién se atreve á rectificar su error?

Cualquiera doctrina que le reconozca, si quiera sea transitoriamente, este derecho á la licencia, se expone á perecer á manos del terror que busca como suplemento de la convicción. El hecho tiene todo lo más, el cuerpo: necesita para justificarse ante la historia, de la prueba de la idea, del alma, y no puede poseerla; en esto se parece á la infeliz mujer de Putifar, que sólo consiguió apoderarse del manto de su joven amado.

Bien: el despotismo real había amontonado espesas sombras que desfiguraban el disco luminoso de la Libertad. La teoría *nacionicida* se fundaba en el derecho divino, ó lo que vale tanto, en el orden

de prerrogativas quiméricas que ha sacrificado la ley del individuo á un falso principio de autoridad; orden en virtud del cual nadie puede arrancar de las manos de un protervo disfrazado de rey ó emperador, el puñal, la tea y el veneno, objetos que en las de Nerón constituyeron lo que se llama el *poder*. Pero el descrédito de la monarquía era insubsanable, y los abusos de sus partidarios entusiastas ahondaban la fosa.

Iba, pues, á desaparecer esta forma de gobierno: culpa era del tiempo que derriba de un aletazo una pirámide ó una costumbre! La *lex regia*, que había estado vigente por espacio de innumerables siglos, debía dejar campo á leyes de libertad, igualdad, fraternidad, y los mantenedores del funesto principio: *el pueblo es objeto de posesión*, apelaban al medio reprobado de la mentira, con el fin de prolongar un sistema que rechazaban la índole de la época y sus progresos en la filosofía!

Además Montesquien había escrito: "el santuario del honor, de la reputación y de la virtud, parece que se ha establecido en las repúblicas y en los países donde se puede pronunciar el nombre de patria"; y la relajación de los caracteres, las perfidias de los monarcas, de sus cortesanos y de sus *directores de conciencia*; la sustitución que éstos hicieron de la fuerza al derecho, para destruir la libertad del ciudadano, y sobre todo, el olvido criminal del bienestar público, desprestigiaron el nombre de rey, haciéndole caer de despotismo en despotismo, de la servidumbre en servidumbre, y al fin en completa postración y ruina.

De otro lado, las ideas monárquicas habían padecido un golpe de muerte con la promulgación de los *Derechos del hombre*, que no podían depender de la vieja institución expirante. La autoridad real no era fuerte para vedarlos, ya que si aún se la res-

petaba no lo era por las armas, que no la defendían y sí la dejaban desamparada en los conflictos, sino por la justicia de que ha de estar investido el poder para garantía del derecho. Un fogoso y elocuente historiador de Francia, J. Michelet, va más lejos en sus apreciaciones acerca de esta etapa de luz y humo, de alza y baja de la humanidad, que conocemos como Revolución de un pueblo grande y admirado. "El Rey era ya un anacronismo, dice, y había que cambiarlo con otro signo más noble que representara con sublimidad, que no amenguen los siglos, la gloria de Francia". La Libertad no odiaba á Luis XVI, que ni siquiera la conocía; era sólo contraria poderosísima de su despotismo. No votó la muerte de Capeto el 16 de Enero.

Los ejes encendidos del carro de la Diosa habían dado la vuelta al mundo. Acá en América, en esta *virgen inocente*, como la llamó Quintana, por una suerte de afinidad escondida á los siervos, clara á los libres, se presentía cuánto bien obrarían en nuestro fértil suelo los inmutables principios de la Revolución europea, magnífico prolegómeno de la legislación moderna inspirada en las fuentes de la democracia, que empieza allí donde "el espíritu del individuo acaba para dar lugar al espíritu de todos." Nos asistía un soplo de vida, un viento de divino refrigerio que viajaba cargado del grito estridente del Aguila de Caracas, parada en la cumbre del monte Sacro, y del ruido atronador de una sociedad que se destruía por momentos. Use grito, que no este ruido, espantaron al débil Fernando VII, que miraba con transporte de pena, oscurecerse el astro de la grandeza española en el Continente que Colón vió surgir de la espuma, ante la proa de su carabela, y que un poeta latino, Séneca, había soñado emergiendo de las nieblas del Ocaso.

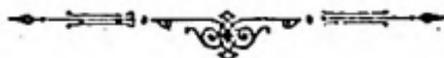
La emancipación de un pueblo es un espectáculo hermoso y conmovedor. Consagrar en el altar

de la Patria, el inflexible juramento de no permitir que se atente contra su autonomía, es, al paso que el esfuerzo más alto de la virtud cívica, la ceremonia de un culto que recibe su excelcitud del derecho y su respetabilidad de la tolerancia. Así hizo Guayaquil el bueno, el abnegado, el caballero sin miedo de sus rivales ni tacha de sus amigos. Honremos la memoria de sus próceres, y bendigamos la aurora del suntuoso día en que consolidó su independencia, y coronado de inmortales esperanzas sonrió á la Nación, enseñándole el camino del porvenir. Ya hemos llegado, suceda lo que quiera, á la última palabra, al *consumatum est* de la libertad; la obra maestra esta primorosamente concluida, podemos decir: un pueblo que no ha soportado el vivir en el oprobio de la servidumbre y se ha sacudido de ella, es digno de que se busque su nombre en la historia. Sin embargo, ciegos apasionados y vilísimos hay que niegan este adelanto. La ira política quema el entendimiento, no le alumbrá.

¡Ah! Parece ver á los Febres Cordero, á los Urdaneta, á los Álvarez y á toda la radiante constelación de héroes legendarios, como en la mañana del *Nueve de Octubre* empuñar las armas y correr desalados, no en pos de laureles que marchita la torpe envidia, sino en demanda de paz que restaure á este pueblo, que no cesan de trabajar miserables discordias; sino en busca de las glorias ciertas del progreso, que le arranquen de los brazos esterilizadores de la industria extraña, si dorada, deleznable y fraudulenta.

¡Brillante día! El astro rey se anuncia por los dardos de fuego que lanza: aumentase el incendio, aparece todo el Oriente inflamado: á cada instante se creé ver al Padre de la vida universal; sale, en fin, y desvanécese el velo de las tinieblas: ¡todo ha cambiado! El alma, la primera, se abría en flor á nuevas emociones; la potente

voz de la Real Audiencia quedaba reducida al mutismo, ya sólo el pueblo era grande; y el entusiasmo, el sentimiento del deber, la concordia—bien no durable—surjían á la sombra del árbol de bendición, que según el bello decir de Heine: “satura al mundo con sus perfumes y eleva sus ramas con tanta pompa hacia el cielo, que las estrellas parecen sus áureos frutos.”





VICTOR HUGO

EN SU ANIVERSARIO DE 1901.

EN el famoso estudio sobre Byron, dice Macaulay, que las hadas se dieron cita al rededor de la cuna del sublime poeta, para colmarlo de sus dones: nobleza distinguida, ingenio de primera clase, hermosura apolínea, en todo descolló este mago prodigioso, que echaba á borbollones el raudal de su divina poesía, cuando, despidiéndose de las inhospitalarias costas de su patria, que se perdían en el horizonte juntamente con el sol, como Childe Harold; cuando, encapuchado hasta los ojos y mirando de una manera siniestra al crucifijo, como Guiaur. Relaciones con los ángeles, secretos con el demonio, quehaceres con los espectros, este hombre extraordinario tiene que ver con todo el mundo; y luego, es tau huraño que sólo anda por

la calle á la hora de apagarse el crepúsculo, misterioso, cabizbajo, taciturno: desde que amanece Dios, se está metido en su escondite, que resuena en ayes de terrífica armonía, comiéndose á bocados honestidad y belleza, en el sentir de sus difamadores; apurando en caliz aúreo pesadumbres de los que infundieron envidia con el verso supremo: Homero, Virgilio, Milton, Camoens, según la opinión de los que le comprenden y admiran. Byron fué desgraciado, porque el hada maléfica concurreó furtivamente á su nacimiento, le deformó uno de los piés y le puso en el corazón del vicioso y del blasfemo: nadie fué como él adorado con tan ciega idolatría, aborrecido con fanatismo tan ciego....

A Víctor Hugo no le estragaron el alma pasiones miserables: la encendieron en fuegos celestiales afectos nobles, que son los genitores de una vitalidad creadora, tan enérgica, que sorprende verla prolongarse hasta los *ochenta y tres años*; genio como el de Shakespeare y Calderón no se apea en toda su vida de la cumbre; y cuando á otros se les entumescen las alas y los cunde la sombra de la decadencia, él se está en su puesto, soberbio, tieserguido, clavados ojos y pensamiento en la bóveda infinita, libro gigantezco donde se estampa en luminosos caracteres la poesía de la creación. Primavera eterna y eterno canto endiosan á las razas que nacen para lo grande: Hugo, como representante de estas castas egregias, está poseído de una divinidad profética, y lanza en grito heróico; elogios, imprecaciones, anatemas, consejos, que resuenan perennemente en la historia; pero si el espíritu de la paz conmueve su alma dulcísima, es de ver cómo el universo es para Hugo fuente de blandas armonías: las oye en los astros, las oye en los vientos, las oye en los mares, las oye en el gorgojo de las aves, las oye en el bramido de las fieras, las oye en la oración del hombre!

Nadie como él en ser tan rebelde. Cuando todos se achicaron hasta el punto de andar á gatas en esa larga noche de dolor que terminó en Sedán, nuestro indomado poeta se negó á envilecerse, prefiriendo las horribles pesadillas del destierro, el picotazo del buitre de Prometeo en el corazón sensitivo de Aristides, á los regocijos de la canalla de su patria, que, como la chusma de Roma, pedía á su amo *pan y circo*..... Y nadie como él en ser tan magnánimo. Cuando la infancia gemía inconsolable, afeada por la miseria y el desamparo, Hugo, su delicado cautivo, la reunía en torno de su mesa de Hauteville-house, y la agasajaba con la exquisita ternura de padre; y esos pobres niños jugaban con el viejo sublime de canto de mirlo, que tenía la doble ambición de ser esclavo y servidor: esclavo de una reina, su conciencia; servidor de sus hermanos, los pobres!..... Tristes pajarillos que un aquilón de pena priva de la caliente atmósfera del nido; desahuciados de la fortuna que espían el delito de nacer, sobre una estera, con el cántico de los ángeles en el corazón; rosas hermosísimas que una mano criminal, indolente, arrojó en semillas por los bordes de una ciénaga: en Víctor Hugo habíais escudo que paraba las saetas letales del egoísmo, arrimo de vuestras flacas y desnudas personas, favor en las situaciones angustiosas. Sin este escudo y este arrimo y este favor: ¿qué harían, el débil entre tantos gigantes, el desarmado entre tantos lazos, el ciego entre tau cerradas tinieblas?.....

El alma del poeta lo abarca todo; es el alma de la humanidad, radiante, de divinas palpitations, armoniosa. Lucrecio la llamó *águila de arrebatado vuelo* que se encumbra con la voluptuosidad de lo empíreo. Michelet la deifica en Esquilo, que es la grandiosidad oscura, la dilatación del derecho humano, la protesta formidable cuajada en versos devastadores como rayos. No hay quien perciba co-

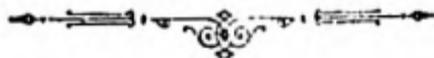
mo el vate los conciertos entre los pensamientos y los seres; cualquiera cosa tangible se ilumina, depura y calienta en su cerebro, hasta llegar á idea sentida y amada del hombre: el poder de su intelectualidad obra milagros! Volcán en ignición continua, es la cabeza de este serafín de Klopstock, que se pasea por lo abierto en la actitud inapeable que asumen los seres magestuosos: así es Hugo, genio principal que llena el siglo diez y nueve como una inmensa claridad de sol. Hugo con su arpa sonora y á sus solas es capaz de la gran palabra revolucionaria, y de la oración más dulce, alada y cautivadora; repite el prodigio de Orfeo: suspende el curso de los ríos, obliga á las alimañas que dejen sus cubiles; y los árboles se van tras él, los árboles tan sensibles á los placeres de la melodía, que tiemblan de entusiasmo cuando el músico viento se enreda por los cabellos en sus ramas!

Los enemigos de Víctor Hugo, gente rufa y deslayada, le motejan de tráfuga, le echan á cara su pasado, si débil, digno, porque nunca fué bajo. Incólume el corazón, brillante el cerebro, Hugo es en las *Odas y Baladas* lo que en *Los Miserables*, un escritor ilustre, un filósofo de alto vuelo, no un advenedizo, no un enano. Arriba estaban sus aspiraciones; le sedujeron irresistiblemente, y se fué tras ellas con entusiasmo hasta doade le comportó su genio, que lo tenía tan resurgente, que una sola de sus chispas bastaba á producir un incendio, una revolución social. El jóven ardoroso cantó las glorias de Francia en *To y y Rocroy*; pero el hombre pensador, el bardo púgil, valiente, de lira férrea recamada de oro, se embelesó con los mágicos triunfos de la República en *Jemmapes y Marengo*. Y la envidia se desgañitaba apodándole inconsecuente, desesperanzado, demagogo: á Víctor Hugo, señores, que es genio de la luz y luz del genio de su incomparable siglo. Estos maldicientes cum-

plen el destino de las víboras: muerden; se parecen en todas las épocas: Anito, Zoilo, Bavio, Serafin, Aquilano, Pradón, Avellaneda, raza nefaria, gestuda, feroz, no se detiene ante los seres preexcellos: despedízalos como si fueran carne de cerdo.

Los frailes eran los peores enemigos de este hombre maravilloso; siempre fué un título legítimo de grandeza el odio de esos bellacos. Amargaron los días de Lutero y de Voltaire, porque éstos se les iban encima en materia de elevación moral, y con astucia refinada amotinaron la plebe de los mogigatos para que los asesinara. Con Hugó hicieron lo propio: en la plaza pública, en la tribuna del parlamento, en el teatro, en el hogar, que era un rincón del cielo, en todos los lugares donde aparecía de cuerpo entero, verboso y eutonado, este caballero de la humanidad, allí estaba la manada de grajos para mofarse de él con grito salvaje, y la muchedumbre ignara de *ficles*, para apedrearlo cuando el entusiasmo le batiera sus palmas sonoras. Pero no era Hugó un echacuervos que se intimidara con las hostiles manifestaciones de los curas: su misión, de las más nobles, no de las que miran al sórdido interés, consistía en quebrar las cadenas del error y difundir en la conciencia de los que las arrastraban, sentimientos perfectos de dignidad. El Apóstol no se inmutó por la idea del martirio: resplandeciendo aventaba su verbo, tempestuoso como el de Juvenal, á las masas absortas que, cantando la Marsellesa, llevaron hilo de ganarse el cielo á fuerza de brazos. La luz se hacía poco á poco en el horizonte cargado de espesas nieblas; y el Abuso y la Intolerancia puestos en pretina por el viejo sublime de canto de mirlo, "de mirada de profeta", huyeron á los abismos de la degradación y del olvido, sucio y revuelto el plumaje, rotas las alas, desmochados los picos, saugrientos, iracundos.

*El verbo divino es imperativo en el que lo posee: la pluma es lengua del alma con que sólo se expresa ideales del corazón y de la mente; sentir intenso, pensar justo, decir magnífico, prendas son que determinan á Víctor Hugo, que por ellas es el príncipe de los genios de la última centuria. Nadie, como él, odió á la medianía pretenciosa, y, talvez, fué quién honró en grado eminente lo grande, lo genial, lo sublime. Acá en la tierra no florecían sus aspiraciones, por esto es que le vemos andar sobre asperezas y riesgos, como por vías que enderezan los pasos de los buenos al trono de la inmortalidad. Ningún escritor ha dispuesto de un poder más evocador que el suyo: al conjuro de su voz inspirada comparecen generaciones muertas: los héroes, más bravos y gallardos; los tiranos, más feroces; la mujer, más seductora; la Divinidad, más radiante. ¡Honor, pues, á este nuncio del evangelio eterno de las almas, que, de pié sobre el más alto crestón del Sinaí, la Tribuna, lanza á los cuatro vientos este grito viril: *¡Viva la Vida!**





EL ABOGADO.

AL INCORRUPTIBLE DOCTOR
JOSE L. TAMAYO

DE Abogados estamos repletos?—Nó. Mientras haya mayor número de éstos, el país adelantará notablemente; mientras no falten, en nuestras universidades, quienes se dediquen con ahinco á tan generosa profesión, dispondremos de alguna luz con qué esclarecer los oscurísimos rincones á que se ha retirado el empirismo insolente. Haya abogados de mérito, y no privarán injusticias. Con moral en los encargados

de la defensa del Derecho, no invadirán al Foro *cuervos togados*, sacerdotes sin dignidad, que al enfi- lar con la ley se le llevan pedacitos de sanción. Cuando uno de estos merodeadores se da encuen- tro con un joven decididor, gallardo, despierto; sin ton ni son le endereza preguntas con aire de vana- gloria y de zumba, así: "Te preparas á entrar por " el alto pórtico de la ley? ¿Serás abogado de " nuestros honorables Tribunales, para asombro " de los doctores que se amaestran en torcer lo de- " recho y afejar lo bello? Mejor te reportarías de " monacillo, que de ministro de un culto tan exi- " gente. Mozo tarambana, el ser un tanto sabi- " choso no te da alas para tales humos!" ¡Qué impudencial!

Como muchos litigan más por el fuero que por el huevo, y pocos son los que por no haber tra- camandanas con la justicia se dejan vaciar la bol- sa sin decir oste ni moste, anda por el suelo el con- cepto que se ha de tener de la Abogacía, amparado- ra de las buenas causas, y, como dice Voltaire, prenda segura del adelanto de las naciones. Para aborrecerla está dispuesto el de cortos alcances, el de corazonadas de tirano: para amarla, sobra fuerza de voluntad al de es- píritu sereno, talento preeminente, conducta que no empañan vicios. *Abogado es oráculo de la ciudad*, mo- delo sublime de las virtudes. La envidia le tira á menudo sus piedras, y el poder arbitrario le colma de ultrajes; pero el abogado, como un héroe de la leyenda orfeica, es cada vez más grande y admira- ble. Comprende su misión, no la deshonor: des- precia los peligros cuando lo quiere la justicia: el miedo no ha entrado á ese pecho, que es fragua en que se tiemplan armas terribles. Y nadie puede de- cir que á tan alta personalidad se la vió en guisa de cometer estragos y locuras. La energía benéfi- ca no es la que causa grandes males á los hombres,

sino la que con talento, sagacidad y eficacia, corrija lo defectuoso, implanta lo útil y va á un paso con las leyes. ¿A quién no espanta ese brazo dispuesto á toda hora á contener los progresos de la época y á saciarse de crueles hazañas? Sólo el abuso le rinde prolongados aplausos; le aclama noble á despecho del mundo que lo mira como á plebeyo, del codo á la mano, y juzga que merece una estatua en lugar de un cadalso. Abogados incorruptibles, abogados bondadosos, abogados desprendidos del dinero; de estos que no profieren mentiras lucrativas, que no se inclinan al peso de la dádiva, que vengan á poblar nuestro Foro, para gloria de la Jurisprudencia donde más clara resplandece.

Hubo quien poseído de satánico odio por las leyes, por los Abogados, se deshizo en insultos contra ellos: los llamó enemigos del sosiego público, peste de la sociedad; les quitó el derecho de comparecer á los Juzgados y Tribunales; les puso en condición deplorable. Contra este censor mordaz, no dijo un término la prensa ilustre del país; contra este Juvenal de Pimocha, no astillaron lanzas los defensores de la ley: indiferencia, lenidad, desentendimiento, respondieron á la diatriba, que como la vil polilla no ataca á las telas burdas sino á las finas. ¿Qué sería un pueblo sin abogados de honor?: el teatro de la más desenfrenada anarquía: la arena sangrienta en que los vigorosos y atrevidos destruirían á los débiles y tímidos. De otro lado, las leyes protectoras del hombre, serían hechas por los menos competentes, y tendríamos el verdadero caos social, como se ha visto cuando ha predominado en nuestras Legislaturas el elemento indocto. Asambleas sin letrados, no las considera la ciencia del buen gobierno; de ellas resulta la decadencia de un pueblo!

El abogado dispone de la gran fuerza de la ley para contrarrestar el empuje de los abusos: es el

enemigo formidable de los despotismos y miserias que envilecen al individuo. Cuando la causa de la inocencia no haya quien la represente; cuando la propiedad usurpada clama por un hombre poderoso que la arranque de manos de un detentador audaz; cuando el país vive oprimido por un mandatario tirano, que descuida el bien público; en fin, cuando alguna calamidad desconcierta á los ciudadanos, paraliza el adelanto social, impide la represión del desorden, el Abogado se convierte en voz elocuentísima de los derechos, escudo diamantino de los desvalidos, cuchillo de los criminales, columna de la Patria, y sólida esperauza y timbre de la humanidad.

La abogacía no es recurso de los desesperados de otras carreras: quienes la tienen de escabel para gauar honores que cuestan lágrimas y sufrimientos á los humildes; quienes tratan de confundir la verdad con resultados antojadizos que extraen de los severos textos legales, éstos no son Abogados, no son sacerdotes de la incorruptible Temis, que ama lo honesto y odia lo indigno; les llamaréis plebe vil, hijos del lucro. Para ser de los escogidos de esta noble profesión, no bastan locuacidad, perseuerancia, viveza, cualidades aparentes para formar un mercader: el Abogado es alto y estóico varón, que ha recibido de la Providencia el encargo de proteger la vida, honor y bienestar de sus hermanos.

Tan eminente personaje no ha de patrocinar causa de cuya injusticia esté convencido: ésta es la más brillante gloria de su nombre y la base de su clientela. La voz de un Abogado se debe á la inmortal verdad, dice el prudentísimo Quintiliano; el crimen no tiene sobre él ningún derecho, cualquiera que sea el difraz con que se encumbra. Su elocuencia ha de ser el asilo de la virtud, un puerto de salvación abierto á todos, excepto á los perversos; una garantía preciosa, no una amenaza,

no un elemento de destrucción. Pero no es suficiente la probidad para constituir un perfecto Abogado, un igual de los D'Aguesseau, Bentham y Melendez, si carece de aquel estimadísimo fondo de ciencia, necesario para ejercer con éxito una de las más distinguidas ocupaciones que hay en el mundo. Además de la instrucción general que demanda cualquiera rama del saber, debe conocer las reglas del arte del buen hablar, de la jurisprudencia antigua y moderna, y señaladamente la legislación de la patria; debe haber bebido la elocuencia en sus eternas fuentes, estar familiarizado con los mejores modelos del foro, tener una elevada idea de la importancia de su carrera, y trabajar con diligente empeño, sin vacilaciones que denuncian un ánimo corto y estéril, y sin inclinar su criterio por complacencias criminales, que primero toleradas merecen luego desprecio.

“ La profesión de jurisprudencia, escribe un elegante publicista, es de las más herbicas y respetables: previene con sus sanos consejos el mal de la turbación; apaga con sus imparciales decisiones el fuego de encendidas discordias; vela por el sosiego común; conforta á los miserables; pobres, viudas y huérfanos hallan contra la opresión alivio eficaz en sus arbitrios; y puedo asegurar, sin temores, que en nobleza y utilidad no admite otro rival que la de las armas”. El tipo ideal del Abogado no es, por cierto, el de un *gargantúa* resuelto á tragarse el presupuesto más fuerte de la tierra, no: ala de los menesterosos, caudillo de los santos principios de la civilización, no le mueven ruegos, no promesas, no dádivas, no *listimas*, cuando es caso de entrar á combate contra la sinrazón y la iniquidad. A los Abogados sabios, justos y discretos, les venera el mundo como á seres divinos; á los que bajo el título de doctores de la ley se señalan con hechos inmorales, les abruma el veredicto

honraçõ de la sanción pública. Aquellos, es ley social, que los más días se lo pasen en flores, porque no se apoderan de un litigante para acabar los recursos de que dispone: éstos viven gordos y contentos, porque amparan causas desgraciadas á trueque de *hacer negocio* ¡jóvenes, escoged!





DESTIERRO.

A QUIENES HAYAN SUFRIDO ESTA PENA
DE BARBAROS

QUIEN destierra, desnaturaliza. Quien destierra, mete mano desafortada al pecho, y saca de esta mina de contentos y aflicciones, hoy odio inofensivo, mañana ira destructora. De lo más alto que puede un escritor tratar, es de deshacer, á todo su poderío, el mayor agravio que forjó la injusticia para arma de la crueldad: el ostracismo. *Es pena repetida, reproducida, constante; al desterrado se le castiga todos los días,*

á cada hora, se le está castigando siempre; injusticia ca-
morosa, porque no hay delito que merezca más de una
punición. Así opinaba Montalvo, el egregio pro-
sista de Castilla, no el plumario "agresivo y ful-
minante", como le apoda uno que con la noble es-
pada de la crítica, quiere hacer oficio de *matarife*.
Nuestro don Juan pasó los mejores días de su vida
en el destierro, por su civismo ascendrado y su
odio invencible á los tiranos chiquitos de la patria:
le debemos respeto. Nuestro inmortal Espectador
bregaba por quitar las funestas simientes de los
déspotas de sobre la faz de la tierra de sus idea-
les, por esto marchaba forzado á comer *hambre* y
beber sed en playas lejanas, como un águila bélica
proscrita, contando al mundo el martirio de un
pueblo: le debemos amor. Y buen porqué de sudor
de sangre le importó lo que hoy tenemos: pálidos
rayos de libertad. A esta palabra encendida y pul-
cra, qué de bienes debe el suelo por do rodaron,
las de oro y de márfil, cunas de Olmedo y Rocafuer-
te; qué de amarguras al divino corazón, que de
tarde en tarde daba unos suspiros que los ponía en
el cielo, suspendiendo á los ángeles!

Recuerdo que cuando el General Alfaro estuvo
en el zenit del poder, en una de las inolvidables
noches de sus viajes á Guayaquil, hablábamos de
lo que era las angustias del destierro: sabrosa char-
la. Don Eloy me quería por lo que él llamaba *tus
buenas prendas*, y le admiraba yo por lo de "viejo
luchador de nuestras libertades", conculcadas por
el terrorismo de los conservadores. Entonces le di-
je con brío de jovencito: "El Dante, épico de los
" espectros, que flajela con llamas á los ²papas-re-
" yes, es un contrario formidable del destierro. Los
" tercetos que destina á este asunto son de una
" elocuencia y melancolía conmovedoras. Si odio
" á Caamaño, es por la perversidad de que hizo lu-
" jo al mantener separados del país á los libera-

“ les. Esta pena es iraceptable en mi política, que
“ no vale un bledo al lado de la de Ud., que nos
“ ha de salvar de la catástrofé. Pero me repugna
“ echar afuera al primer rapabolsas que se metá á
“ conspirador: cielo, montes, rios, afectos, son bienes
“ de que el hombre no ha de privar al hombre, á
“ menos que sea un salvaje”. Mi bravo inter-
locutor, que es hábil en materia de disimulo, se
desentendió de mi sosa parlería, ofreciéndome un
puero de exquisita fragancia, al que me dí con pla-
cer del *yciado*, pues sin más cala y cata pensé que
esta ocupación me sería más fructuosa, que la de
abogar en causa tan mal parada. Desterrar no es
aliviarse de un eremigo y sí es enconarle, engran-
decir su antipatía que se reenfurece con el sabid
principio: “para salir de este abismo es honrosa to-
da acción”.

Los que dejaron la patria saben que las costas
extrañas, por hermosas que sean, cuando á ellas
vamos de fuerza, conviértense en un eriazó lóbreg-
go: la sima está debajo de los piés, como un inlier-
no, y parece que una mano invisible empuja al proscrito á la muerte. ¡Horas aciagas las en que cubren sombras densas de nostalgia el alma! la mirada pierde su chispa fúlgida, las mejillas su tinte de rosa, el cuerpo todo su garbo distinguido. El ostracismo es una vejez anticipada. Este infeliz de Aristides anda solo por los extranuros, llorando hacia adentro, sin proferir vocablo, lánguido ó violento, del humor que haya en ese día. ¿Quién le puso en tal estado? ¿Quién amenguó una salud que fiebres y naufragios y homicidios y bestias, respetaron?—ése que se está colgado de la efigie horripilante de Satanás, por que le dé las tablitas milagrosas que á Sila, flor y nata de los destarradores, y pánico de los guapos que se entran al campo de la política, con lanzas en guisa de arremeter contra los follones, que lo deslustran. Pero

el carácter ni padece menoscabo en este infortunio del hombre, es orgullo del que no tienen idea los viles, temple que no se doblega al infortunio. En volviendo al regazo de la patria, lo veréis disputar, como antaño, las sacras ramas de laurel á sus rivales, ó presidir en la conspiración que acabará con tirano y tiranía.

Tortura de infames es el destierro, sofocación implacable de lo más íntimo que guarda el pecho. Donde queña el beso de la madre, ahí está la vida con sus encantos poéticos; donde se conserva la huellas de nuestros primeros pasos por el mundo, ahí estamos risueños, coronados de lirios, soñadores. Ah!, olorcillo delicioso de la tierra nativa húmeda del rocío de una fresca madrugada; colorido de nuestras extensas campiñas; imponencia de nuestros gentiles nevados; calor refrigerante que curte la cara al obrero y dispone su corazón para las revoluciones del Progreso, no puedo pasarlo sin vosotros una hora, que no sienta las hondas ansias de contemplaros á toda luz, y de absorber amor y esperanza en los esplendores de los astros que decoran el espacio!

No me entristeció la *pena* de nuestros hombres públicos, cuando en la frágil barquilla de mis ilusiones surqué las turbias ondas, que fueron tumba de otros más esforzados; y escribo sobre los destierros, como de cosas que me espantan, como de castigos que deshonran á quien los impone y elevan á quien los sufre; como ocupé mi pluma en maldecir los asesinatos legales, por que no tengo roida la conciencia, seca la fuente abundosa del sentimiento ni cursada la razón en esto de tender el manto de la defensa, sobre las verguenzas de la sociedad. No me ha contaminado la piedad por lo irreparable, que es moda y no incómoda á los moralistas de manga ancha, casta de falsarios: *Pothius mori quam facdari*, con Vergniaud.

En la ausencia obligada de nuestro pueblo, ¿qué se ha de ilustrar el espíritu, qué se ha de recrear la vista, en qué hemos de enriquecer, si no es en el amor de vivir libres de los atropellos que lamentamos? Repleto de venganza no trabaja el hombre por la civilización; su pensamiento está en el desquite, su actividad es nula: sólo para el desagravio tiene fuerza, sólo para la conjuración discurso claro y oportuno. Así le cure la herida un consuelo, así le enjuguen lágrimas sus hijos más queridos, cuando ni lo esperaban ni presentían, se les aparece, regocijado y verboso, anunciándoles que el sol alumbraría mañana su victoria: García muerto ó Veintemilla en fuga.

.....
.....
.....

¡Cuántos sacrificios por que del germen de la libertad nazca robusto y pomposo su árbol bendito! Apenas rompiendo la tierra se alzó ufano de hermosura, éste que alegría fué de las canoras aves, que solicitaban su abrigada sombra, llegó un guerrero insolente y arrendó su corcel del tronco, que por ser todavía blando vino al suelo sin estrépito ni desastre. ¿Y nadie atenderá al marchito? ¿No le volverán á plantar en mitad del camino, las manos que enderezaban su torcido ramaje? Sería inútil, porque el *mejor* árbol de la libertad, es el de bayonetas. No le vale lluvias cariñosas del cielo, no le mueve aires apacibles, no le alegra cuidados del hombre. Ni una flor elegante entre sus desnudas hojas de acero, ni un fruto dorado, ni un insecto bullicioso, ni el dulce lamentar de una driada, en el que es imagen de la desolación y de la ira.... ..!





No sé decir más . . .

(LEIDO EN UNA REUNION DE CAMARADAS
DE ARMAS)

Anuestra gente da gana de besarla, porque no se avillana con malas acciones. Pedro Pablo Garaicoa, la figura más simpáticamente candorosa de mis compañeros, en una de las entusiastas reuniones del Círculo "Juan Montalvo", habló de esta suerte: "pero el caso es que urge celebrar decentemente el aniversario de la Sociedad, ya que lo mandan los Estatutos. Por lo que me respecta, no podré to-

“mar la palabra, como ustedes quieren, pues soy de los más ocupados: allí están Chavez, Ortiz, Pancho,[1] los Campos, Jaramillo y U., Señor Presidente, que nos acompañarán en esta hora de angustia.”

Este Garaicoa es un excelente muchacho; talvez se le pudiera tachar de poltrón, pero en asunto de *cuyo interés*, es el poltrón más activo del mundo. De botones adentro piensa como un Graco, pero visto de fuera, el porte es de una mosquita muerta. Su palabra sencilla y agradable, revela un alma bien constituida. Esta cualidad es propia de caracteres masculinos: energía no la enseñan padres ni maestros, naturaleza la da y bienaventurado el que la tiene. Los derechos de un hombre honrado se apoyan de esta fuerza, para no caer en la debilidad.

Vernaza, que es el mismísimo cordero pascual, aceptó el sacrificio sin chistar ni mistar. Este bohémio es una alhaja inestimable, y si no fuera por la repugancia de habérmelas con el trapalón Lhasac, que en más de una vez se ha ocupado de echar al rostro de los intelectuales, manadas de injurias, le llamaría á Luis, flor y nata de los caballeros trovadores. Siempre le he tenido en muy elevado concepto por su moralidad, y especialmente, por su aislada perseverancia, envidiable millón que él se ha formado á fuerza de ahorros de carácter. No se crea que en medio de esa dulcedumbre no haya la franca ironía de Florián, que á menudo *florianizan* los hombres más graves, para evitar que los domine el hastío de la vida. Aíndamais, si llega á gulumear que en un asunto puede haber ópima cosecha de galardones, se tira sobre lo más rico y espiga de lo lindo en campo florido. Por algo le renovamos anualmente sus letras de cuartel—

(1) El autor de estos artículos, que cultiva con Garaicoa una muy cordial amistad.

que ya se las disputa la cuvidia—magüer que de personas de claro viso, es fruta que hay entre nosotros á porrillo. Tierra empapada en ricos jugos de vida, le ofrecimos para que hiciera germinar gayas flores de progreso; pero él ha sabido cumplir su misión á pata llana, y debemos estarle reconocidos. Es siervo de su palabra, la quiere como á una niña engreida, que ora le mesa los cabellos, ora le oscula le frente. En Veracruz se realiza el refrán: al toro por las astas y al hombre por la palabra.

De modo que sin más preámbulo fué aprobada la inauguración de Garaicoa: sesión de gala tuvimos y muy socorrida de verso y prosa. Artistas somos, y una velada antes que palenque del lujo de los espectadores, es una significativa fiesta del Arte. Comprenden bien su deber las corporaciones en que no escasean estos regocijos, porque á dónde irían á parar si se redujeran á pensar en desatentados proyectos, agrias discusiones, herrinches politiqueros y otras trapacerías de esta calaña? Sociedades así, no me las den, aunque en ellas se pague á los miembros para que asistan á las sesiones, como se estila en nuestros Bancos, pues que ni el cebo de algunos pelucones me atraería á esos centros de la barbarie, que no de la instrucción. Allí por quítame allá esas pajas, le arman á usted mayúscula zalagarda, y si no le muelen los huesos, dese por bien servido, que prójimo hubo tan débilmente asistido de la providente mano de Dios, que con la bolsa perdió tiras de su pellejo.

“El artista es un acumulador de fuerza nerviosa que debe servir para vivificar, para superiorizar á los demás. Más que el Médico tiene una misión sagrada en este mundo, análoga á la de éste, pero superior: El médico conserva la vida, apartando las causas de su disminución; el Artista la acrecien-

te, la crea'. Esta es la opinión del Pompeyo Gener, sólidamente basada en el orden de deberes que gravita sobre el artista, deberes que consisten en desbordar el alma sobre la tierra, para saturarla de Bien, Hermosura, Verdad, Luz, Moral y Gozo, es decir, de todo lo que contribuye á sancionar la magna ley de la vida: evolucionar en el sentido de convertirse en *Super-hombre*.

Pero bajo todas las banderas forman soldados que desprestigian las causas más puras: hoy cualquier pazguato es celebridad y se atreve á tutear á los caballeros de la inteligencia, sin más que haberles visto resplandeciendo en la tribuna, la prensa ó la cátedra. *No es preciso quitar la piel á estos animalitos para saber que son asnos*, decía Luciano, hablando de los malos gramáticos de su tiempo, y las mismas palabras podemos aplicar á los falsos artistas, más propios para barrer la basura en los muladares, que para hombreadse con los altos varones y afectar su franqueza.

Con el hermoso nombre de artistas se viste una inmensa legión de grajos, maldicientes de hueso, que viven en perenne indigestión de los triunfos que alcanza la honorabilidad instruida. Mirar de zaino á todo el que se levanta apoyado en su buena fama, es el consuelo de esas almas bastardas; execración para los envidiosos, muerte para estos infames *rebuznantes* que las echan de literatos, músicos y pintores con el fin de desprestigiar á los literatos, músicos y pintores de verdad! Hombres de esta ralea pululan, sobre todo, al rededor de los magnates, que viven y mueren á manos de la arteria disfrazada de consejero. Dios me libre de tener que alternar con víboras, que ya me ha castigado de sobra con dejarme sobajar de fatuos é ignorantes!

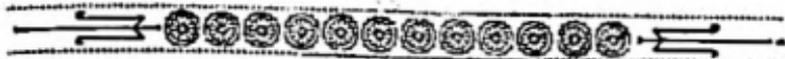
En el Círculo "Juan Montalvo", emporio de las más delicadas virtudes, no se dan estos casos

fatales: libre del contagio de los vicios, libre de las mezquindades de la envidia, libre del antagonismo que devora á sociedades de fines idénticos, libre de las apostasías de principios que sobrevienen paralelamente á las de la conciencia: su misión es propender al adelanto de las ciencias y las letras, dignificando al Mérito, no deprimiéndolo socolor de interés ascendrado por aquellas. La confraternidad literaria es el ideal que han de perseguir todos los que escriben. En ninguna profesión tienen más valor las sublimes palabras, *amaos los unos á los otros*, que en esta del hablar pulido y del componer lo bien pensado; porque de suponer es que entre los que se ocupan de instruir y deleitar al mundo, con obras que produzca estados superiores de ánimo, reine inalterable la concordia y florezca la virtud de la caridad. Poetas que se difaman, se aplebeyan; y no deben ser respetados como oráculos de la Belleza, que ya en sus pechos no alienta el Dios de la poesía, sino el demonio de la maledicencia. *Hay un rasgo divino en el vate: su amabilidad. Sin esto no se le concibe*, dice Emerson.

¡Ah Pedro Pablo! Ya ves como eres causa de que me entrometa en asunto que no han de menearlo, los que tenemos lastimada por los desengaños, un pedacito del alma: si no hubieras bregado, por que celebráramos, aunque sea en modesta forma, nuestro Aniversario; de fijo que no había tenido sitio aparente en que echar al aire estas tímidas ideas, que permanecían con las alas plegadas, por miedo á los gritos salvajes de ese pajaraco hosco y sanguinario, que se llama Odio: puedo decir que me desatabas la lengua al pedir, con tanto ahinco, una velada. Gracias amigo, no te tropiezas con un desagradecido, que si por algo, mis contrarios, no me suben á trompicones al cadalso del escarnio, es por que la consecuencia, flor de las virtudes, no se agosta en mi corazón, y los buenos me quitan

á las manos brutales que pretendeu ajusticiarme á sus veuganzas. Asi, doy lo que tengo de sobrado, y vivo tranquilo y lo paso á maravilla con la *dorada mediocridad* de Horacio, y *ni envidioso ni envidiado*, atizo la dulce lumbre que prende en mi hogar el trabaj ».





Para un Retrato

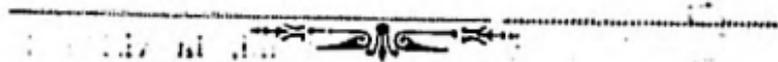
DE LA

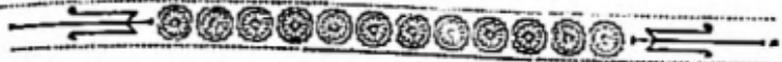
OFELIA de SHAKESPEARE

CUANTAS veces surge ante mi, la visión de Ofelia la jóven, la bella, la pía, la inocente, quisiera derramar sobre su túmulo virginal las flores de la reina madre de Hamlet: dulce homenaje á la que es un *ángel del Señor*, en medio de las crudezas de su destino.

Llamarla simplemente loca á esta blanca novia desgraciada, es desconocer el genio creador de su Padre. De virtud la dotó al nacer, manto in-

consútil que la envuelve en apacibles resplandores, y de frágil y deliciosa naturaleza, encanto que idealiza á las mujeres. Debía ir al sacrificio, cantando el himno melancólico de su amor perdido, y trascendiendo, al acercarse á la tumba, á las cáudidas violetas que Laertes predijo brotarían sus miembros impecables y hermosos. Tan gentil doncella despierta en el pecho el deseo de que ninguna de sus formas, quede sin el beso que le deben los entusiastas admiradores del Arte Dramático.





TABACO

AL DOCTOR

—BARTOLOME HUERTA—

AHORA no fumo, no gasto en los deliciosos enemigos de la salud y del bolsillo: tabacos. Pero no los he dejado de amar ni los denigro; como hacen sus desengañados adeptos; muy bellos momentos me han proporcionado, para que les pague con ingratitud: ¡siempre veo con horror á los desagradecidos!

Escribo este articulillo, por el prurito de mora-

lizar, de que se hace lujo hoy, no por que piense en grangearme partidarios para una propaganda *anti fumística*, que esto sería tras de ilusorio, ridículo. Dispararse contra tan *inocente vicio*, es empresa de largo aliento para mis pobres fuerzas; pero, estoy listo á cargar á la espalda insultos, satiras, refutaciones; hasta..... palmaditas de los fumadores empecinados, soportaré por que se me tolere la irreverencia de proscribir de las gentes, esa hoja divina de Corneille.

¿Quién no fuma? El niño y el viejo, el hombre y la mujer, el magnate y el palurdo, todos lo pasan viendo deslizarse en azules espirales el enervante humo de un tabaco de Bances ó de Partagas. Juan Nicot tiene un trono en cada fumador. Fumar es el incomparable deleite de muchos, la humorada feliz de algunos, la pesadilla de pocos. Fumar después de una comfortable comida; al rededor de amigos sinceros ó con un buen libro en la mano; fumar mientras se piensa hondo en los problemas de la vida, ó se habla sobre la mujer, que es la mayor poesía de la creación; cuando se vacía el espíritu noble y ardoroso sobre las cuartillas de papel, en el silencio del apartamento ó en el de una espléndida noche ática de nuestros climas; cuando se ama á lo Romeo y se cela á lo Otelo...qué sabroso y consolador es fumar seguido, qué gran recurso para no precipitarse en el suicidio ó no ir á desperudir á la cárcel!

Esto decía yo en la época dorada de los quince á los veinte años, etapa luminosa del hombre, en que tenemos briosidad irreductible en el ánimo, pasiones inmarchitas en el corazón; y mucho humo de necedad en la cabeza. Mas, ahora que todo es luchar á brazo partido con la pena negra que me desgarrá el corazón; ahora que se resienten mis finos nervios de la impresión de la nicotina que me he ingerido desde joven; que ya no

puedo sentarme á lo oriental al pié de un árbol sombrío, porque esta inacción me perjudicaría hasta el punto de perder un rato de vida laboriosa, productiva; ahora que á mi adorable hija le fastidia tanto el olor penetrante de un *habano*, que se evade de mis besos y sus lindos ojitos lloran de la fortaleza del humo; en fin, ahora que he visto en los trabajos de varias academias científicas, y en las estadísticas más modernas, que el tabaco es un impulsor del delito y la causa de la degeneración que deploran los moralistas, estoy porque nadie se haga fumador, por que desaparezca del haz de la tierra, esta incontenible manía indigna de personas decentes. Ayer veía por otra tela, al pensar que el tabaco no es un artículo de lujo, que no malogra los mejores caracteres; hoy creo, con la fé del carbonero, en que estamos perdidos con el desarrollo alarmante que ha tomado el *cándido placer de fumar*.

Lombroso en su obra admirable de *El Delito*, dice que hay una relación etiológica estrecha entre éste y el tabaco. *En los mismos criminales, las proporciones crecen en los sanguinarios (48 por 100) y los asesinos, con relación á los ladrones y falsarios [43 por 100].* Las rameras de Verona y Capua casi todas fuman, y localizando la observación, nótese que las "infelices mujeres" de nuestro pueblo no sueltan el pitillo. La pasión prematura del niño por el tabaco, le arrastra á la pereza, cómplice del vicio, que es la vía más corta del crimen; y lo demuestra el que nuestros golondros prefieran dejar de comer á privarse de un *puro* ó de un *cigarrillo*, siendo, por otra parte, muy relajada su conducta. De lo cual se desprende, naturalmente, la necesidad vitalísima de castigar este *pasatiempo*, este *vicio menor*, con impuestos más ó menos fuertes, que eviten la propagación del veneno y aseguren al Estado recursos nuevos. No iba fuera de trastes el egregio Bossuet.

cuando prohibió á sus feligreses el uso del tabaco, con la misma tenacidad que una proposición herética.

Hay quienes creen que el tabaco expande el alma, aclara la inteligencia, distrae al carácter más excéntrico y no es cierto que tenga la dañosa propiedad de estragar la conciencia. Bastaría analizar las condiciones en que pone á los aficionados del tabaco la necesidad de fumar, para convenirse de que la atonía cerebral por la nicotina, es un hecho inconcuso, y que la depresión del espíritu aumenta con este tóxico. El Conde de Tolstoy refiere, que un cocinero asesinó á una señora de la familia del insigne novelista, y que el reo confesó ante el tribunal, que después de entrar en el cuarto de la víctima y de haberla degollado, cuando la vió caer lanzando un alarido y vertiendo á bocanadas la sangre, se sintió petrificado de espanto y retrocedió.—No tuve valor para rematarla, exclamaba el miserable, pero fuí al salón, me senté, fumé un cigarrillo y concluí el crimen incompleto.—Este frío laconismo es efecto de una conciencia corrompida, y, ¿quién duda del influjo nocivo del tabaco en el ánimo del cocinero ruso, cuando su declaración es tan explícita?

El tabaco no puede favorecer el trabajo intelectual, como dice la muchedumbre de poetas melencólicos y desacreditados. Estos espúreos de la lira, se limitan á considerar la cantidad de labor de que es capaz un cerebro embotado de destructores narcóticos, mas, no se entran en averiguar la calidad del esfuerzo intelectual. El hombre pensador tiene conciencia de los dos principios que hay en él: aquel que realiza la obra y aquel que la juzga. Cuanto más despejada está la mente, más bello y perfecto es el trabajo, y si el juez está sometido al imperio de un excitante poderoso, como el alcohol ó el tabaco, la suma de producción será

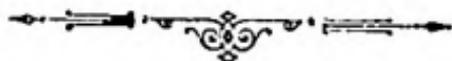
más considerable y hasta profusa, aunque de inferior calidad, vulgar. En esto consiste el eclipse de la facultad estética del hombre.

Hablando sin metáfora, la estadística indica en que medida ha decrecido la moral de la humanidad civilizada. El notable incremento del consumo de narcóticos y estimulantes, tiene su origen en la moda, retoño del progreso, que entre nosotros amanece aprisa; y es de observar q' el perjuicio no se contrae á oscurecer el entendimiento, que va más lejos; porque á nadie se le ocurrirá poner en duda que los contemporáneos se agotan á buen trote, y que el mal se presenta con circunstancias que agravan la culpa de los padres. El que bebe ó fuma, engendra hijos débiles, hereditariamente fatigados de vida, sin el vigor que hace á las razas jóvenes escalar el Olimpo de la gloria, por lo más escarpado, á fuerza de ánimo. Así lo creen numerosos observadores, entre otros, el sabio Max Nordau, que afirma que la generación actual envejece más pronto que las generaciones anteriores. Tan luminosa verdad, se comprueba con pasar en revista el círculo de nuestros amigos y conocidos, en lo que advirtiremos, que la mayor parte de los hombres y de las mujeres, descubren hoy sus primeras canas al cumplir los treinta años y aún más temprano; antaño esas hebras blancas eran la compañía de los *cincuenta* largos de talle, indicio de descenso por vejez. Luego, es evidente que la intoxicación en los pueblos adelantados, crece en términos que sorprenden al médico legista, que advierte del peligro en que están los fumadores, al pensar que la naturaleza humana necesita bebidas fermentadas, tabaco y demás excitantes, para levantarla de su postración, que es obra exclusiva de estos venenos. Esa explosión de fuerza juvenil, ese turbulento deseo de procreación, ese indómito priapismo de que hace gala más de un mequetrefe, no son otra co-

sa que los espasmos y las convulsiones de un organismo enfermo y degenerado.

Ahora ¿quién niega que fumar es, pesado á la bolsa, cuchillo de la salud, vergüenza en la buena sociedad? Aquellos que pisan de valentía por encantusar á los pobres de espíritu; aquellos que apuntan el ojo á las muchachas desvalidas, para destronarlas de su virtud, con aplauso de sus aparceros y dolor de unos padres que no pueden vengarlas; aquellos que las campan de adiestrados en esto del pergeñar unos versos más ricos, llenos y majestuosos que los de Herrera, y tan elegante, al par que reputada prosa, como la de Solís; estos caballeros de talco, digo, no aflojan de su costumbre de fumadores, por miedo á la nota de tráfuga, y tan exquisita y probada es su fidelidad á los principios que aprendieron desde su tierna infancia, que se podía sacar así de todos juntos, como de cada uno de por sí, no más que un fiutillo desabrido y dudoso de sazón. El fardo de la vejez hace olvidar muchas *distracciones* á los que fueron espejos de la moda. Yó, repito, no fumo, y apenas si en los ratos de sabrosísima charla ó de puro compromiso, me tomo la libertad de probar un *vegüero genuino*, que la mayor parte del tiempo conseruo apagado entre los dedos. No soy, pues, un contrario pertinaz de la solicitada yerba que inspiró á Bretón de los Herreros, sus hermosas octavas reales; y me hallo distante de merecer su enérgica maldición, que espero no caerá encima á los lectores de este artículo:

.....¡Al cielo plegue
Qu salga un golondrino en el sobaco
Al que sea enemigo del Tabaco!





Carta á un antiguo condiscípulo.

—
Guayaquil á 20 de Diciembre de 1899.

Señor Alberto Arias Sánchez.

Valparaiso.

Muy estimado amigo:

POR uno de los diarios de esta ínclita ciudad, he sabido que en los últimos días del mes pasado, fué fusilado en Casablanca, (Chile) el reo Manuel Olivares, que degolló á una niña de siete años. ¡Qué ignominia!

El crimen de Olivares es impío, sacrílego, exe-

crable. Victimar á la inocencia, desgarrar con alevoso puñal los blandos miembros de ese pequeño rosado ángel, es la suprema iniquidad del corazón humano. Me figuro que la niña degollada pertenece á mi familia, y sufro, hondamente, al pensar que haya tenido un fin tan desastroso. La infancia es sagrada, simboliza el porvenir, y Olivares lo ha muerto en ella.

No soy partidario de los patibulos: el mundo será mejor cuando desaparezcan del todo, y yó, el último defensor de la inviolabilidad de la vida, me estremezco de espanto, si la prensa, primer poder de un Estado, se encarga de denunciar estos tremendos ataques contra el progreso. El día en que mediante los bienhechores rayos de la civilización, se esclarezcan los oscuros rincones de la penalidad, seguro es que terminarán los asesinatos legales, que condenan el Evangelio, la Moral y la Filosofía. Mientras tanto, estamos obligados á presenciar las venganzas de la sociedad, ayudada de la ley, sin poder impedir que se insulte al *Siglo sabio y libre*, cuyos adelantos rechazan la pena de muerte, por contraria á sus tendencias benéficas.

Compadezco á los padres de la infeliz criatura que Olivares ha profanado con su puñal; lloro por ese cadáver inocente, que deseara volverle á la vida, aunque para ello fuere necesario el sacrificio de la mitad de la mía; pero me indigna el papel repugnante que desempeña la Vindicta pública: es cobarde, desleal. Fusilar es odiar, es rebelarse contra la naturaleza, que aconseja el amor como vía de salvación, verdad luminosa, existencia rica en esperanzas. La justicia no merece ahora mi aprecio, que representa al de la conciencia universal, en cuyo nombre protesto de todos los salvajismos tolerados: pena de azotes, pena de muerte, pena de destierro, pena de confiscación. Matar no puede ser justo en ningún meridiano: la mauo

que aplasta una hormiga y la que corta una cabeza, son igualmente culpables ante Dios. Matar de acuerdo con la ley, con cálculo, con frialdad, es afearla; y mejor sería embellecerla para que la acepte el hombre. No considero una acción laudable, abrir los negros horizontes de la venganza á los atribulados padres de la niñita, cuando les sentaría á maravilla el consuelo; ni honroso para la justicia de la tierra, que ha de ser un reflejo de la celeste, convertirse en verdugo, debiendo ser reparadora del mal.

¡Ay amigo!, para los que vivimos al amparo de leyes que respetan la vida, es triste contemplar el pavoroso cuadro de Casablanca. Mi más dulce anhelo es de que en nuestra joven América, se deroguen los códigos de Muerte, y se los reemplace por otros que contengan este sublime principio, esta alta garantía: *no matarás*. ¿No sería ella la más brillante apoteosis del genio moderno, la prenda inestimable de bienestar general? Cuando medito en que la Ley se declara impotente para corregir al criminal, á pesar de que dispone de los medios que pide tan noble objeto; cuando miro abiertas todavía las arterias de la humanidad, se apodera el descontento de mi alma, y dudo de que el mundo marcha, á disgusto de Pelletán. No es pesimismo el que invade á tu amigo, que le supones vagando por risueños campos, lira en mano, á todo correr, es que para que él se convenza de que esta *encendida esfera* rueda por el espacio del progreso, exige de la sociedad, vilipendiada; de la justicia y la ley, escarnecidas; del poder, menospreciado, generosidad que los enalteza, misericordia que los cubra de la confusión del desercito, amor que los consolide. Así que no puede nadie afearme de retrógrado, que sea propicio, que sea enemigo.

No faltará, quizá, alguien que me llame utopista, por que en los momentos de apurada crisis, en

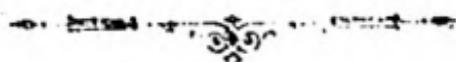
los de las pruebas terribles y de las deserciones políticas, me doy á la defensa de lo que es más augusto: la vida. Pertenezco al gran partido liberal y me glorio de ello, si bien no me puedo contar en el número de los escogidos: amo entrañablemente á mi Patria, que los tiranos coronaron de agudísimas espinas, y creo un deber sagrado propender á su grandeza, con modestia. Fuera de esto, mi carácter me impele á aceptar, como propia, la causa de los que sufren sin el encanto distante de la represalia, porque me violenta la opresión y no puedo mostrarme indiferente entre el verdugo y la víctima. Como detesto el crimen de Olivares, abomino el de la Ley. En mi conducta hay lógica honrada y me complace.

Por más que se empeñen los secuaces de la muerte legal, en vindicar la bárbara dureza de sus textos penales; por más que se ahaguen con la idea de que al fin se extingue la sangre que hace siglos cae de los patibulos, no podrán torcer á la humana conciencia, que impugna el asesinato del individuo delincuente, y proclama la inviolabilidad de la vida, la fraternidad y la luz, en una palabra, el dogma de la expiación, por medio eficaz de corregir, que ha de reemplazar al del aniquilamiento. Cuando oigo decir á nuestros honorables conservadores, que el miembro atacado de gangrena, se debe cortar sin pérdida de tiempo, recuerdo que Calígula—por lo que cuenta Suetonio—deseaba que la prole de Adán sólo tuviera una cabeza, para quitarla de un tajo.

Chile es una nación adelantada, pero se dan en ella casos funestos de barbarie: todavía se levantan cadalsos en la patria de los Pérez y Covarrubias. No se ha borrado del libro de la ley, la fórmula que consterna al pensamiento. La estatua de Beccaria no ha sido vaciada en ese país, *pero hierve lentamente el bronce en el crisol.*

Cuando se erija este divino monun ento, desaparecerá la monstruosa pena. Esperemos tan feliz día.

Scy de todo corazón, amigo invariable.--F.
J. Falqués y Ampuero.





EL CUARTO DE ESTUDIO.

AL DOCTOR
ANGEL R. HIDALGO Z.

El hombre más poderoso
es el que vive más aislado.
Ibsen.

EL cuarto de estudio es la manía de todo intelectual: filósofo, literato ó artista. Aislarse del bullicio, es el supremo encanto del espíritu refugiado en las serenas esferas del ideal. Qué poesía tan grandiosa la de la soledad! El hombre se ve en ella realzado, sutil,

luminoso: pues bien, si eres Alma, por ahí es donde se va á la celebridad.

El lujo del cuarto de estudio lo han gastado todos los civilizadores del mundo: Diderot amaba entrañablemente su *rinconcillo*; Alfieri escribía sus melodiosos versos en una habitación atestada de libros y de hojas volantes de poemas, que sólo había leído su dulce Heloisa; y Montaigne, pasaba las horas en su biblioteca, instalada en el piso segundo de su castillo: sublimes reclusos! ¿Para que necesitaban salirse á tropezar con pícaros é ignorantes? Ah!, éstos son los que se arrojan de cabeza al cieno; éstos, los que temen al *loco*, porque le han visto hecho una pura centella: seres infelices, transformados en la bestia execrada de los egipcios, en marranos. Filósofos, artistas, apareced, en hora buena, cerriles: eso es lo que os sienta mejor; no prodiguéis vuestras sonrisas á cualquier zoquete; sed refinados orgullosos, y no salgáis de vuestro cuarto de estudio, que para correr al fresco por esos embelesantes campos, en que ya podéis echar afuera cánticos y oraciones, que suben al cielo á incorporarse en la música de los ángeles. Vuestras manos os han de dar lo que habéis menester, no las ajenas. De ellas no esperéis beneficio ni consuelo en las calamidades, galardón en el triunfo, Quien gatea por la lisonja y trepa por la falsía, y se encarama sobre las traiciones, éste que trabaja por vuestra ruina con todo el pecho, no comprende los misterios inefables de la soledad, y os nota de egoistas. Son de barro y sois de oro.

Todas los mañanas se iba Numa para la escondida gruta de la ninfa Egeria, y volvía de su visita más sabio y prudente. El pueblo romano no se atrevió nunca á sorprender este secreto, porque los bienes le venían tan á tiempo, que no se curaba más que de gozarlos. Esa gruta en que todo debió estar convidado al recogimiento y la melau-

colfa, antro de luz del que salieron nobles enseñanzas del gobierno, era el cuarto de estudio del endemoniado milagroso que se llamó Numa Pompilio. Si algún indiscreto le hubiera seguido los pasos, ¿qué habría visto?..... al viejo rey tirado de rodillas ante una columna de fuego: pero los compatriotas de Numa no eran descomedidos con sus grandes hombres, y sólo se enfrentaban con galos, veyos y albanos. "A canas honradas no hay puertas cerradas", hijos del siglo, garzones almidonados, que rehusáis socorrer al anciano valetudinario, porque váis de prisa á formarle la rueda á vuestra linda polla que os espera. Así entendéis el respeto! ¡Ay! del mandatario que se gloriara de recibir á todas horas inspiración divina; de mentecato despreciable le motejaríais, aunque el país floreciente estuviera desmintiendo á voz en grito vuestra torpe injuria.

En su cuarto de estudio está el filósofo como un rey en su palacio: vive en la sociedad de los genios, que se le revelan en libros inmortales, y no le ofenden las groserías de la tierra. ¿Qué más puede desear quien á la continua se depura en el vívido crisol de las ciencias? El placer de sentirse acariciado por el fragante remusguillo que soplan de lo empíreo bocas invisibles, es bastante para batirle los sesos al más flemático; pero, cuán triste condición, la de tomar sobre hombros el mejoramiento de tanto pazguato como pulula en el mundo! Si vibra fuerte el cerebro y salta alguna chispa sobre la piel de uno de estos desgraciados, quemándola para vida superior, ahí de los denuestos, de las contorsiones y hasta del brutal persecución en trueque de ingentes beneficios: las mercedes de los varones ilustres son moco de pavo al lado de las acciones ruines, y el vivo encendimiento del espíritu que sufre y compadece quebrantos ajenos, peculiar á hombres débiles, pusilámines, al-

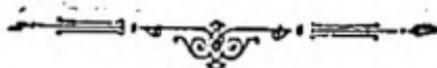
yectos. Con esta moral se regenera el orbe, que no hay remedio. ¡Cómo sufrirían de Olbach y Helvecio con estas perversidades: desencanto del genio!

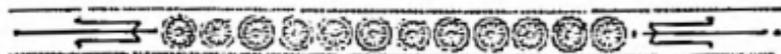
Séneca escribió su admirable tratado *De la tranquilidad del ánimo*, en el silencio del campo, mano á mano con la filosofía, y no entre revoltosos y truhanes. Hombres de talento, por lo común, han de ser solitarios, que de los muy dados á los pasatiempos del *gran mundo*, poco ó nada sacaron las ciencias y las letras, como no sean la ciencia de vivir gordo y contento y las *letras galantes*. Amor y respeto casi religioso infunde quien, maravillándose con los portentos de la naturaleza, no entiende jota de ponerse á los piés de una dama repulgada y caprichosa; mas, el menguado que, gozando del privilegio de inteligente no le emplea en otro objeto que en pasarlo bien, es acreedor á que lo azoten y lo destierren del comercio con los racionales. Para este descreído de la belleza, no hay sentimiento poético, altitud de mira, idolatría del arte; todo es codicia, negocio, vil prosaismo: la mujer es un vaso rebosante de sensualidad, que debe apurar á tiempo; una escultura de Fidias es un hermoso artículo que reudirá pingües entradas: hombre desmeдрado, no quiera Dios que caiga á tus manos la gallina de los huevos de oro, porque te la comerías de un tirón.

Y métase uno á componer el país con elementos tan de primera, y sueñe con que estamos en víspera del reinado de la virtud, y escriba flores del *ángel de la creación*, para enderezarlo por las vías del adelante infinito; y absténgase de afearle sus caídas, de las que se levanta cubierto de lodo inundo de pasiones, por que no pierda la vergüenza, que se escurrió como diáfano arroyo por las tortuosas veredas del vicio; y en el más duro de los casos, espere en la resurrección de una carne atormentada de

apetitos, refractaria á los medios saludables de preservarla del *gusano*, que ya le han de brotar canas verdes á quien se muestre tan confiado en la moralidad del *homo sapiens*, pero no logrará estimularlo á que gane la palma inmarcита de los buenos. Esto es desesperante para los utopistas, cuyo entusiasmo por el ideal es ríspido, incorregible.

Me ratifico en lo dicho: sin ese lugarcito en que á la caída del sol canta el alma á su modo los prodigios del Omnipotente, no concibo á Voltaire, Newton y Goethe. Sin cuarto de estudio, quién es escritor insigne, quién poeta de alta inspiración, quién orador famoso? Lo cómodo, lo suave, lo alhagüeno, están allí á la mano, y el buscarlos en otra parte es necesidad. Aislarse de la algazara, de los malos amigos, que celebran errores y apocan méritos, de los placeres que crían al hombre raquíptico y afeminado, es indicio de un natural virtuoso, preeminencia de caracteres masculinos. En el apartamiento de más de uu prójino está nuestra dicha.....





→ A CUBA ←

PARA EL ALBUM PATRIÓTICO

DEL

COMITÉ "MACEO".

—

NO hay aurora en el cielo de Cuba. Noche tenebrosa, gritos salvajes de cuervos disputándose un girón de impura carne; movimiento * bélico que asorda la ciudad y la campiña; el * triunfo y la derrota mezclados; un pueblo que se alza en el delirio de su independencia; duelo en el corazón de la joven América: es el espectáculo que ofrece el siglo XIX en sus últimas boqueadas.

Apesar de una cortina estupenda: la distancia; apesar de hallarnos ocupados en la reedificación de nuestras carcomidas instituciones, todavía percibimos el golpear de los martillos que clavan el féretro de la Libertad. ¿Sus funerales serán sangrientos?

Cuba lucha, España resiste. La ley de emancipación no quedará sin efecto. La conciencia universal rechaza la tutela de las metrópolis. El derecho ha cambiado la faz del orden político. Cuba será libre. ¡Viva Cuba!

La revolución no es de los hombres, que sucumben, es de las ideas, que perduran. Pero ambos países se debilitan, ambos sienten necesidad inaplazable de restañar sus heridas. La gloria se sonroja de ver empeñados en lucha desigual, á Eneas con Lauso, á Marte con Ajax.

Cubanos! No temáis el robo del Paladión de vuestros ideales. La Libertad no es un espectro ni una mentira dorada, como piensan sus contrarios. Existe la divinidad que se levanta orgullosa y terrible, maldiciendo al dios—Calígula, venerado del pueblo—rey. Cuando un tirano la proscribiera, ella lo destrona; cuando un pueblo la olvida, ella se compadece y lo asiste.

Soldados de República! El monstruo de la traición no está encadenado: aulla por el campo de la contienda. Maceo es el blanco de su rabia. Si muere en el talón de Aquiles y empañá la Estrella solitaria, sois perdidos. Alerta, valientes de Pinar del Rio! Cuba vivirá autónoma á la sombra de su genio tutelar; un siglo nuevo brillará en el horizonte del Tiempo; esperad la sorpresa y espanto de los malvados, el triunfo de un gran pueblo, el aplauso de la tierra.



INCONSECUENTES

OLA

ALLA viene la ola, la p rfida, la hija del viejo Oce no de genio  grio, de canto impo-
nente..... All  en el conf n, de la arena
blanca, surgi  imperceptible, suspirando
quedo, como la seda del leve pliegue de una
tela azul. Avanza rizada con su blonda de plu-
millas n veas, riendo y bromeando como su herma-
na, la mujer; y el n ufrago que brega por tocar la
playa, desde la que le animan las prendas, de su

amor, recibe desastrada muerte, cuando esperaba que la traidora fuera su tabla de salvación, que no su ruina. Esta ola que nació de la arena blanca, en el confin brillante, se la puede seguir con la mirada á través del piélagó salobre; por que no la descomponen ráfagas de viento ni la deshacen alas en pesca. Sube y baja para levantarse más lejos herida á plomo del sol, gallarda, coronada de espuma y cantando un himno sonoro..... Pero es la misma, la pérvida, la cruel, la hija del viejo de luenga barba de verde musgo, que desfoga sus cóleras sombrías, relampagueando plata: es la olita que brotó inofensiva, y *más allá*, cual flor que estalla en pétalos irisados, salta y se rompe en polvo menudo de oro contra un peñón de la costa; ó falaz siempre, quejumbrosa, se tira á ahogar el grito que puebla la inmensidad Allá va la ola á lamer, mansa y fragante, el cuerpo de su hermana, la mujer.

MUJER

Hermosura y nervios: esto es la mujer. El amor es su hoguera: ahí se chamusca las alas; el amor es su altar: ahí la adora un creyente ciego y pesado: el hombre; el amor es también su cadalso: ahí desnuda de atavíos, herida por el escarnio de lengua de serpe, la ajusticia un verdugo: el orgullo. Mujer, vives de amor, busca amor que dé la vida, no la muerte. Eres frágil: tus cabellos andan sueltos por la espalda, cuales otros rayos del sol que juegan con el céfiro, incitando, en este término, á la pasión que mal te sienta. Eres frágil: desde que te apuntan los senos, lo que haces no es amar, sino

uncir esclavos á tu yugo, que á la postre quiebras por enseñar tu poderío. Eres frágil: te enamoras de un perfume, de un juguete, de una piel teñida, de una rosa de trapo, de una nube purpurina. A topa tolondro vas por el mundo, bendiciendo á la mano que te maltrata y besando á la boca que te calumnia, mientras la mano que te bendice y la boca que te alhaga, son para tus desdenes, cuando no para no tus engaños. El amor te purifique, no te despierte á la sensualidad: sea escuela de virtud, no peligro de ella. El recuerdo te hace frívola, la prudencia, señora de tus actos. Si eres capaz de robar el zaimph, como Salambó, abandona á tiempo el lecho rudo del bárbaro. Eres indiferente: cuando los unos lloran, tú ríes. Eres maga: donde los unos se ahogan, tú pasas á pié en juto. ¿Dónde los unos, como vaso deleznable de barro, estallan en el fuego; tú, como vaso de oro sin pisca de escoria, te paras más acabado? Entras en el país de los sueños con tu cetro de mirtos, pálida, mareada de deseos: hasta allí, desde los limbos del no ser, resuenan las alabanzas con que una humanidad no nacida, te redime del pecado de haber comido, la primera, la *fruta*

NUBE

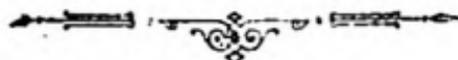
Reina del aire, mírote correr locamente por el azul y me regocijo. ¡Vencedora de mi tedio!: blanca, eres amor; verde, esperanza; de oro, gloria, ¿y negra?: luto. A quien no encanta ese fleco argentado de un ancho manto escarlata, que parece cubrir la espalda á un gigante dormido en lo abierto?

Y el peplo luminoso tan traído y llevado como escarmenado vellón, ¿á quién no suspende con delicia el ánimo? Una nube es amenazante, cuando tétrica, agobiada de la pesadumbre de los rayos, los suelta, cárdenos y fugaces, sobre la llauura seca y aterida: y es plácido heraldo de bienandanza, si hacia el crepúsculo se la contempla, desde la cabaña, moviéndose graciosa como el carro en que viaja un serafín. ¡Ahl, la nube tiene ironías, tiene emboscadas; se despereza á lo doncellita que cogió el sueño de tan buena gana, después de sus coqueteos, que se llevó la noche hasta cuando los mirlos empezaban á benchir de música la frondosidad de los árboles. Tras una nube se va el malhadado Yxión, creyendo en su demencia amorosa, que la reina del Olimpo correspondía á las finezas y requiebros de que la llenaba á furto de su marido: trampazo de más de la marca. ¿No fué una nube, un reflejo súbito, quien metió la confusión en los héroes de Francia, cuando la desventura de Waterloo?.....

PUEBLO

Es Prometeo que blasfema de los dioses tiranos, y forceja por romper los diamantiuos hierros, sin que le doble el orgullo, el afilado rizo del fuego de Zeus ni la inclemencia de la nieve de cándidas alas. Pero es versátil como la mujer, péfido como la ola. De una figurilla de barro hace un ídolo, que luego decapita, por el placer de modelar otro semejante. Aquí es sublime, allá majadero. Con aquel dadivoso. con éste mez-

quino. Ayer titán, hoy mozo diablo. Es el eterno engañado, el inconstante de siempre. Elemento de acción para destruir una bastilla, si lo dirige la sana moral, y el más indolente y pasivo, si lo domina el vicio. Coronado es un monarca holgazán, de andrajos, es un revolucionario loco; sólo con la noble blusa de obrero, es una fuerza del progreso!





HAMLET Y DON QUIJOTE

Al Señor Doctor

ALFREDO BAQUERIZO MORENO

Ser ó no ser: esta es la cuestión.

SHAKESPEARE,

Yo señores, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos.—Tengo á mucho ser ánimo de los desmayados, arriño de los que van á caer, brazo de los ya caídos, háculo y consuelo de todos los desdichados.

CERVANTES.



HAMLET duda; Don Quijote cree. Hamlet es loco por cálculo, persigue un fin siniestro: la venganza, furia maldita que se ha señoreado de su corazón. Tiene atrofia-

da la fibra de la piedad. Don Quijote es ingenuo. Malos libros le han batido los sesos, pero en medio de este poético desequilibrio, ¡cuánta virtud, cuánto entusiasmo por lo bello! El alma del bravo manchego no está contaminada de odio; amor la lleva, pura, nobilísima, se eleva á los asuntos más graves. Este *montón de lodo*, que Pascal llama mundo, no enamora al filósofo que derriba malandrines y vestiglos; que no profiere una mentira ni suelta el cuerpo á los placeres de la carne. Es un gran señor sin miedo ni tacha.

Hamlet interroga á la calavera cuáles son los secretos de la tumba; su perspicuidad no le vale para adivinar lo *desconocido espantoso*; es impotente, porque es cruel, por que no le mueven afectos delicados. Ofelia, hermosa violeta del Norte, no es la ilusión perenne de Hamlet: qué ha de serlo?, si esta alma caída del cielo de la dicha, sólo quiere perder á su incestuoso tío: darse hartazgo de rencor. La mujer suaviza el carácter del hombre con sus alhagos, con las primicias de su cariño exclusivista: al brusco lo torna en comedido al sandio en vivaz. Don Quijote arde por Dulcinea; Hamlet mata el tiempo engañando á la pobre niña: sólo para la malicia tiene brío y discurso claro: es un loco de conveniencia.

El ideal halló su representante en Don Quijote, y la materia, en Hamlet. Don Quijote espera en la resurrección del hombre por la virtud, le juzga bueno, le cree capaz de la grandeza del Amor: ¡qué espíritu tan amplio, qué carácter tan franco; y qué ímpetuosidad en el cerrar de frente contra errores y perversos! Esa espada fúlgida nunca estuvo ociosa; el brazo del más esforzado caballero la meneaba á toda hora en pro de lo que es justo y noble. ¿Cuándo se vió al rayo de la Mancha en guisa de compadecer los descalabros de la sinrazón? Su honrado pecho no abrigaba más aspiración que ser

útil á los infelices. El deber era su autorcha. Su dama, un milagro de la mente fantaseadora del más alto poeta, del más austero moralista. A cuántos seres altivos y generosos desconcierta, sino abate la ingratitud! Levantar al caído, apoyar al flaco, es grangearse un contrario, y si quien recibe el servicio es un *genio* de los que hoy pueblan el haz de la tierra, la suerte empeora: el sublime quijote, el protector ardiente, mal ferido hasta en su honra, se ve obligado á safar el bulto para no ser pasto de esa águila cruel. *Dura lex, sed lex.*

En estos tiempos del materialismo, en esta larga mañana del progreso, abundan los Hamlet, y escasean, no hay Don Quijote. Tampoco florecen en la tierra innunda de gases deletéreos, aturdida con el ágrío ruido de las máquinas de trabajo, genios del porte de los Shakespeare y los Cervantes. El poeta de ahora tiene cara de obrero, de héroe de la fuerza. Las formas son duras, gruesas, salientes, como las de las grandiosas esculturas de Miguel Angel. No caben en Siglo XX poemas apasionados, melifluos, y vates chirles; rompan á cantar quienes á modo de Richepin abren un boquete donde apuntan una estrofa: quemar y alumbran!

La amistad era de los quilates del alma de Don Quijote el más precioso. Ese admirable Sancho que entre risas y sollipos filosofaba como el más práctico de los discípulos de Epicuro, qué dulce influjo ejercía en el pecho del caballero de la Triste Figural La ínsula dorada, los famosos consejos para adorno de su alma, la sombra protectora de un nombre esclarecido, son prendas de alta amistad, que ya no las reciben la adhesión sincera, la diligencia desinteresada. Dar los pedazos por otro era antaño ejemplo de subido mérito, abnegación. En estos momentos es una reverenda majadería sacrificarse por el prójimo, que no lo haría por nosotros. ¡*Virtud* del egoismo, salvadora *virtud*. fuen-

te inagotable de la existencia, grita con desesperación el Conde de Volney!

El príncipe de Dinamarca tampoco fué extraño á las delicias de la amistad: Horacio era el confidente de sus cuitas. Pero hay notable diferencia entre el cariño de Don Quijote por Sancho y el de Hamlet por Horacio. El amante de Dulcinea enderezaba el carácter de su medroso escudero á la consecución de fines nobles y difíciles; le colmaba de atenciones y consuelos, cuando la desesperanza desgarraba sus entrañas pobres de valor; cuando el hambre, la sed y el cansancio, apartaban, por breves ratos, á Sancho del empeño de caminar con su amo en pos de soñadas aventuras, que desventuras eran. Nunca le propuso una injusticia para sacar adelante un capricho; nunca humilló al amigo de los días de angustia, al camarada entusiasta en las situaciones plácidas. Don Quijote admiraba la simple malicia de Sancho Panza; amaba á éste que los insolentes gallitos de ogaño, apodarían de gazapín abominable; y si interés había en sus servicios, era porque participara de la ilustre gloria de la caballería andante!

Hamlet no iba tan lejos en su amistad. Su corazón, amargado por la venganza, buscaba un amigo en que vaciar la honda melancolía, el cruel pensamiento, que lo arrastraban al descrédito, á la ruina; y lo halló en Horacio, hábil consejero, favorito de buena raza, que así hubiera acompañado á su señor en un asalto galante, como en la batalla más reñida. Al no morir el príncipe habría degenerado en ingrata, dura, la suerte de Horacio. Ya no serían tan estimados sus desvelos, sus enseñanzas prácticas, su trabajo mecánico. Cualquiera más ladino obtendría preferencia sobre él: á esta hora quizá lo pasaría abandonado en un rincón del palacio de Elsingor. ¡Triste privilegio de los años: conocer que los déspotas y ambiciosos, min-

tiendo hambre y sed de justicia, halagan á la lealtad y al talento para abrirse por ellos paso y subir al poder, desde el cual, desagradecidos y envidiosos, los desprecian y persiguen!

Alguien ha dicho que Don Quijote y Hamlet forman la gran medalla de la humanidad, cuyo anverso, Don Quijote, es el amor, la alegría de vivir, la parte noble, espiritualista del hombre; y cuyo reverso, Hamlet, es todo lo material y prosáico que contiene este *vaso deleznable de pasiones*, como llama á la prole de Adán el maestro Granada. ¿Qué sería del mundo si hubieran muerto con Don Quijote las excelentes cualidades que embellecían su personalidad moral? A no haber bondad, cariño generoso por los desvalidos, valor á toda prueba, desprendimiento laudable de las vanidades terrenas, indignación por el mal y los malhechores, ascendero respeto á las creencias religiosas de sus iguales; en fin, virtud éjemplar, luminosa, frecuente, las sociedades andarían al revés, y lo más natural sería que se convirtieran en un inmenso desierto poblado de foragidos. Pero no sólo ladrones engendra la ausencia de esas galas del carácter, que se denomina *buenas cualidades*; ébrios, tahures, rufianes, mendigos, qué miserables no cría tal desamparo? Por esto se recomienda como medicina heróica, que se fomenten los *brotos del corazón*, tan propios en los albores de la vida, tan raros cuando el individuo se vuelve *práctico y mercachifle*. Y así dice el egregio Montalvo: "el que no tiene algo de Don Quijote no merece el cariño y consideración de sus semejantes."

Además de las eminentes prendas de Don Quijote, ya escritas, descollaba en él la que llamaremos facultad oratoria del individuo. ¡Qué decoro y numerosidad! Todos los discursos que fielmente traslada Cervantes, son de una elocuencia elevada

y dulce, simpática y convincente, que bien merecen se los aplique el similitud de Homero, cuando elogia el gran decir del rey de Ytaca: "las palabras se derramaban de su boca con la abundancia y la impetuosidad de las nieves que caen en el invierno". Así ¿quién no rinde el corazón á los sanos consejos de ese loco sublime? ¿quién abandona tan admirable lectura, sin aprender de memoria pasajes enteros, para repetirlos en las diversas situaciones de la vida? Corra tras esas famosas oraciones el que desea sobresalir en el difícil arte de la elocuencia; sacíese de esa divina ambrosía, el atormentado de la sed intensa que despiertan las bellas letras; ajuste sus actos á tan irreprochable modelo, el que por descuido ó ignorancia anda descaminado tropezando aquí en un error, allá en un vicio.

La creación de tipos como el de don Quijote es propia de aquella juventud innovadora y ardiente, llena de luz y de ideales, en que viven los seres prodigiosos—luzbreros del mundo moral—Esquilo, Cervantes, Calderón, Moliere y Quevedo. Esa forma acabada del arte no ha perdido su justa nominación en el transcurso de las edades. Es privilegio de las grandes concepciones, conservar el encanto brillante que cautiva y entusiasma á la crítica filosófica. Orestes, el Hidalguito de la Mancha, Tartufo, Segismundo y el Gran Tacaño, fueron vaciados en turquesa de oro por el genio mediterráneo, masculino, potencial y generador: genio nacido en las riberas sagradas de ese mar de olas de esmeralda y zafir, salobres y fosfóreas, sobre las que se inclinan acopados mirtos, á cuya fresca sombra canta eternamente la musa greco—latina, de tan variados sonidos, que si su estrofa se abre á la vista del campo, *parece la flauta del sátiro, llena del aire de los bosques y del aura húmeda de las aguas*; y si en presencia de las altas hazañas de sus Cides y Rolandos, la bronceada trompa de hostiles y penetrantes ecos: genio deste-

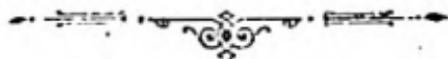
llador de metáforas no aprendidas de otras lenguas, que según la hermosa expresión de Taine, recibió del Creador la virtud de transformar una idea seca en una imagen blanda y colorada, para que sirva de signo hablado á la humanidad: genio en fin, de la raza inaudita, fénix de la Historia, que descubrió el Nuevo Mundo y proclamó los Derechos del hombre !

¿Qué es Shakespeare?—Es la tierra, dice Víctor Hugo. ¿Qué es Cervantes? Es el hombre. ¿Qué es Hamlet? El encadenado del destino. ¿Qué es Don Quijote? Un caballero. A Hamlet le roe la conciencia el buitre de la duda, como á Prometeo, los hígados, el águila de Zeus: es de la tierra. A Don Quijote le mueven cruda guerra los vicios y los fantasmas, la prosa de la vida, la vil grosería que repugna á su naturaleza exquisita: es del cielo. En Cervantes hay el *ricitus* mágico con ese acabar triste y melancólico, noble, sereno y juicioso de una existencia pasada en el amor, la verdad y la justicia. La burla delicada es la capa superficial y quebradiza, que oculta un abismo pavoroso de sufrimiento. Nadie crea en la risa de Cervantes, Rabelais y Larra. Burlarse ellos tan serios y apenados por dentro, del ideal, del dolor, de todo lo que engrandece al hombre, sería un defecto, una blasfemia insufrible. Esa carejada sonora sólo es aparente: fijaos bien y advertiréis, que todos los genios burlones lloraron sobre las ruinas desoladas del *yo* humano. En Shakespeare hierven las pasiones, rueda la esfera moral presentando sus dos aspectos de oscuridad y luz, de duda y esperanza. En ese Todo las aves cantan, los rosales florecen, los corazones aman, las nubes cruzan como carros de serafines resplandecientes; sofoca el calor del trópico, entumece el frío del polo: se realizan libremente el misterio interior y el exterior.—¿Y es inmoral?—Qué ha de ser tan limpio personaje! ¡Inmoral el

padre que da ejemplo de abnegación á Ofelia y á Desdémona! Tiene que estar siempre sobre la miseria y la vulgaridad terrestre, y de allí provienen esas palabras de amargo sentido, que otros más videntes, califican de *achaques súbitos de su locura luminosa*. Si hunde el pié en el fango, es para levantarse muy alto, como el árbol que conserva sus raíces en el estiércol para que su crecimiento sea más sólido; sus flores, mas gallardas; sus frutos, más sabrosos.

¡Salve genio de lo cómico! y tú, bendita tierra de España, cuna dulcísima de mis abuelos, señora generosa que honran y quieren los por ella educadas en estas risueñas costas de América! Cervantes es tu gloria más pura. Pero sal de esa voluptuosa indolencia que gastas bajo tus fragantes emparrados, tañendo melodiosa y sentida guitarra, mientras la mano de la codicia te arrebatara una colonia. En pié, pueblo franco y viril.

¡Salve genio de lo trágico! Inglaterra, en las apacibles conquistas de la civilización, la mejor victoria es tu poeta, país ilustre y libre. Tu fuerza se extinguirá, como la de un leopardo viejo, pero el canto de Shakespeare es inmortal!





¡Á POLONIA!

PARA EL ALBUM DE AUTÓGRAFOS DE UN ARTISTA POLACO.

LOS pueblos no mueren; cuando más lo hiere el infortunio, se abaten; pero al fin tienen su momento sublime: el magnífico levante de lo que cayó con gloria, de lo que no se dejó influir por el temor de lo irreparable. El alma de Polonia, cándida y entusiasta, no desapareció en los abismos de sangre vertida por sus héroes: se ha resujando al cielo, dice Michelet. Desde esa altura suprema bajará con su corona de estrellas y empuñando flamígera espada, á ocupar el solio de los Sobieski de que la arrancó esa misma Rusia, que sufre el dolor agudísimo de la humillación que le impone la ferocidad mongólica.

Hoy este hermoso país destruiría al Japón con el heroísmo y éxito que cuando salvó á la Europa del furor de tártaros y turcos. La barbarie como marea creciente batía á Polonia que, con énérgicas voces le decía: "No pasarás de ahí". Era el centinela de sus hermanos. ¡Pobre pueblo caballeresco! Siempre estuvo con la espada en la mano luchando por Dios y la Civilización, y después solo, al fin de sus guerras épicas por la libertad.

¡Oh polacos! ¡polacos! abrid donde quiera la tierra de vuestra patria infeliz y cuanta cojais ceniza de mártires.

El amor es nativo de Polonia: ¡Qué abnegación tan conmovedora la de sus mujeres! La sinistral *vía crucis* que al través de innúmeras leguas de abetos conduce á los hielos desolados de Siberia, se ha visto cubierta de hileras de polacas, que con sus hijuelos en brazos y ateridos los pies, seguían á sus esposos al cautiverio. ¡Ángeles, desplegaban sus nítidas alas sobre las miserias del destino!

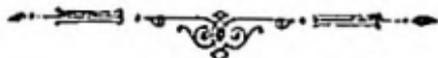
¡Oh polacas! la patria existe en vuestros pechos magnánimos, en vuestros dulces encantos, en vuestra sed de libertad. Esto es vivir en plena luz: ser inmortal. Cuando una nación pierde la autonomía por la insaciable codicia de un vecino pérfido, el espíritu público se retira al santuario más respetable: al corazón de la mujer. Por esto afirma que Polonia no ha muerto, como no morirán sus camaradas de desgracia, la verde Irlanda y la valiente Hungría. El dolor humano saluda con veneración á la despedazada bandera del águila blanca!

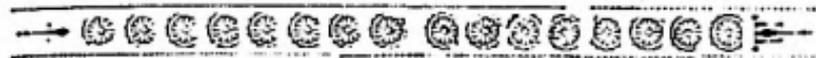
¿Necesito recordaros vuestra apoteosis, polacos, para que desborde el odio que os ahoga á la divina llama de libertad, queme vuestras almas?—Nó: sois los primeros patriotas de Europa, los *soldados de Dios* y de Polonia. Rusia envidia vuestra nom-

bradía de héroes, y desespera por vindicar su política terrorífica con vosotros, pero no lo conseguirá; Esquilo, el poeta de más númen profético de la historia, ha gritado á los pueblos-verdugos: "todas las aguas del Océano no bastarían á limpiar manos teñidas en sangre inocente".

¡¡Confiad y esperad!!

1904.





LA LIBERTAD.

(Alocución pronunciada en la Velada literaria del
Círculo "Juan Montalvo", el 8 de Octubre de 1903.)

Libertad ¡oh dulce nombre!
Hermoso y celeste dón,
Tú eres la misma razón,
Tú eres el alma del hombre.
OLMEDO.

EN la hora aciaga del destino de las naciones, es muy útil que haya quien pronuncie este término dulce, hermoso y augusto: Libertad! Cuando para conocer á los hombres ha sido preciso sufrir amargos desengaños: recelar de su doblez y compadecer su debilidad; pensar en la sublime Revolución de Octubre, recordar lo que nuestros antepasados hicieron y lo que nos dejaron por hacer, es abrir el alma á las suavísimas consolaciones de la fe, que como un poderoso talismán nos ampara de las injurias ocultas tras

un porvenir aborrecible ¡Momento solemne! único de verdadera alegría y grandeza en la vida del ciudadano, te bendigo y gozo y cantaré en ritmo mágico, si me enardeciera el voraz fuego de la Musa del egregio Olmedo, en esos recordados siglos de virtud y gloria y poesía!

Hombre libre es el que no abate su voluntad ante nadie que sea violento ni ante nada que sea indigno. Pero con esta fuerza suprema, con esta noble resistencia, se conquistan glorias dolorosas que todavía deslumbran y conmueven á la Humanidad: el Apóstol, una corona de agudísimas espinas tejida por la ágría madrastra de los buenos, la Ingratitud: el militar caballero, heridas en el rostro y en el pecho, que son "estrellas que guían á los demás al cielo de la honra"; el Magistrado sin mácula y progresista, espejo de la Patria, un calvario de angustias que no acaban sino con la muerte; y el Literato, ah!, este proscrito del Olimpo, de cóleras santas y verbos de luz, una simple rama de laurel que la brinda con mueca sarcástica un envidioso indocto, cuando no le ha partido el corazón la dentellada feroz de los que siu poderlo corromper, lo insultan! El Escritor es sacerdote que confiesa la religión universal del Pensamiento: su cerebro luminoso se sumerge en Dios, como las raíces de esos gigantes de la Creación, los árboles, se sumerjen en la tierra.

Para trabajar con éxito por la libertad, es indispensable que el hombre se haya educado en la escuela de los deberes cívicos: que sienta horror á la tiranía, cáncer de los pueblos, y desprecie con altivez los halagos tentadores de que se vale para enervar los caracteres. Odiar á los déspotas y resistir á sus torpes seducciones: he allí la más alta virtud y la clave del aprecio público. *La adulación destrona al individuo*, decía Marco Aurelio: formida-

ble protesta del poder á los poderosos! Pero la adulación en los labios de la poesía es un sacrilegio: en la pluma de fuego del escritor, una afrenta: cuando la libertad se muere la verdadera literatura muere también. Virgilio sin ternura, Ovidio sin elegancia, marchitaron las apolíneas hojas cautando ébrios en las bacanales de Augústulos despreciables. La grande y civilizadora literatura, la Musa santa de la Patria, estuvo lejos de esos placeres viles: los Montalvo y los Moncayo no fueron retóricos cortesanos: bajo climas diferentes, con el pecho cargado de hondísima melancolía, compusieron sus libros maravillosos, que deben aprender de memoria las generaciones viriles de hoy, ora como tesoro brillante de las letras nacionales, ora como modelos perfectos de elevación moral.

En el Siglo XX, como en el que bajó á los dominios de la Historia con salva colosal, no tienen las sociedades más aire respirable que el de la Libertad. Por esto todas las Constituciones políticas modernas declaran *que no hay ni habrá esclavos*, y los que pisaren territorios libres, quedarán en el acto gozando ese beneficio eminente. Esta es ley de vida promulgada en todas las conciencias por la voz estentórea de la Revolución. Ser todos hermanos y ser todos libres, es progresar, es vivir: son los dos enérgicos movimientos de los pulmones de la Civilización: la Igualdad y la Libertad, resultados magníficos de causas divinas: el Cristianismo y la Revolución Francesa: Jesús y Mirabeau.

Las Revoluciones, pesadillas maldecidas por los que adoran el ideal oscuro del país mutilado y de la soberanía paralizada, presentan un carácter doble que la filosofía bendice y consagra en esta fórmula absoluta: creación bajo la base de eliminación; creación del hecho asombroso, vivificante, y eliminación del signo caduco y perjudicial. Estorbar ese funcionalismo misterioso, es obra des-

graciada. ¡Cuántas manos que lo intentaron se volvieron inertes! ¡Cuántos cerebros ya no alumbran! Destruir la Libertad! ilusión funesta á los malvados: el Pueblo, árbitro de sus destinos, no lo permite: el Pueblo que trabaja pacíficamente en alzar soberbios palacios; el Pueblo que fecunda con su sangre los amenísimos campos de la Patria; el Pueblo que paga fuertes contribuciones para sostener al Gobierno que abre á la riqueza del país extensos horizontes; el Pueblo crédulo y sencillo, celoso y vehemente, audaz y terrible; ese nuevo Atlas que soporta la pesadumbre de tantos abusos; ese Hombre—Niño que canta palpitando de entusiasmo en el Nueve de Octubre y el Cinco de Junio, que ruje de indignación si le defraudan una esperanza ó le roban una pulgada de tierra !

Entre las varias manifestaciones de la Libertad se halla la de la Prensa, que como ha dicho Julio Simón, *endereza los desperfectos sociales*. La Prensa ¿Quién no ha recibido sus beneficios? ¿quién duda que esta antorcha fulgurante, destierra las sombras caliginosas del Error? ¿quién se le opone en su carrera de victorias?: solo los malos. Estos odian la sanción de la idea escrita, que no pueden matar las bayonetas ni envejecer los destierros. La Prensa es el Sol de ese grandioso sistema planetario que se llama Progreso: ningún descubrimiento es más alto, más fecundo en bienes para el hombre. Ella ilustra los cerebros y hace estremecer de gozo los corazones: ella, como una inmensa águila, apenas divisa una injusticia, algo que demanda su castigo, se abalanza con las alas abiertas, lo arrebata con sus tremendas garras, lo destroza y siembra de sus despejos la tierra: es el ministro de la venganza celeste: al mismo tiempo, espada, llama, cataraña, tempestad: mata, incendia, ahoga, truena.

La Prensa celebra también fiestas clásicas, en

que restaña sus heridas con el bálsamo suavísimo del aplauso de sus admiradores, verbigracia: en los torneos de la inteligencia. Todos los que disponen de una pluma para hacer visibles sus aspiraciones, son miembros de esta legión sagrada, aunque no estén en servicio activo, bregando por destruir un abuso ó recomendar una virtud. ¡Qué la Prensa sufre crueles tormentos, parece mentira! Una institución tan noble, debía estar á cubierto del atropello y de la calumnia, pero no es así: cuando el Poder no consigue vencerla con dádivas, funda *imprentas chanflonas* que la vilipendian, y cuando éstas no bastan, los sicarios se encargan de romper las máquinas en que se eterniza el pensamiento. Pero atropellos y calumnias pasan: el genio del trabajo suelda el hierro quebrado, y la máquina orgullosa con sus remiendos, centuplica su fuerza y cumple su misión. La hoja se reparte á despecho del Crimen denunciado con grito vibrante; los Parlamentos salen de su inercia lanzando un trueno de protesta, y cuando los ecos se apagan y sobreviene el frío de la duda, el rayo descubre la faz de la Nación destellando cólera. Por esto es la Prensa invicta.

Respetar la Libertad.....es tan difícil! Todos creen amarla y todos se engañan! Los soldados romanos de la decadencia peleaban por la Libertad *como por una querida, para violarla*: nunca salió pura de manos ambiciosas.

La Tierra está que abrasa: el Tiempo vuela. Ved la nube del dolor en el rostro de América: el grito salvaje de la guerra entristece su corazón. Vamos á interrogar á las grandes sombras de los héroes del pasado, y que no escuchemos estas acusadoras palabras: ¿Qué habéis hecho de la herencia de libertad que os legamos?.....



MÚSICA PROHIBIDA.

(PÁGINAS DE MI LIBRO DE SOLTERO.)



MAJO es el mes de las sorpresas. Glorifiquemos lo que es inmortal y al que es eterno: el Amor y Dios.

Las brisas esparcen sobre la abrasada tierra, frescas emanaciones; los tibios rayos del sol bañan con deficiente luz la verde copa de las palmeras. Han pasado las horas del calor, y las ventanas de mi cuarto están abiertas de par en par, dejando salir los perfumes del moribundo día, para que entre el aura que vaga en toruo de mi mata de lilas.

.....
La Noche galopa sobre su negro corcel, cuyas largas crines flotan al viento!

La selva resuena tristemente. El buho grita desde el hueco de una vetusta encina. ¡Qué pavor!

La Naturaleza, como un gran poeta, sabe producir los efectos más asombrosos con poquísimos medios, que no son más que un sol, árboles, flores, agua y amor. Si falta éste, aquellos son de ninguna importancia. El amor es fuego del espíritu, lustre de la humanidad, palanca que no deja desquiciar el mundo. Enemigos jurados tiene esta suave inclinación, pero no bastan á desarraigárla del pecho de los hombres: virtud perseguida, envidiada, es dos veces virtud.

¡Derramáos, aromas de mi corazón; salid deseos fervientes á buscar tras aquellas montañas á la ninfa de mis esperanzas! Ahora yace en su lecho y duerme; á sus piés está un ángel de rodillas con la urna de oro de los sueños. Tras de las sedosas pestañas que velan sus ojos, se ha puesto el Sol; cuando los abra será de día, cantarán los mirlos y yo sólo quedaré en la sombra del infortunio.

.....
"¡Hágase la luz!"

Arriba, en la cubierta de gasa azul transparente, hay un desgarrón: por él se va la curiosidad hasta las profundidades del *Sancta-sanctorum* á sorprender á los serafines tendidos á las plantas del Señor.....

1898.

FIN.

FE DE ERRATAS

- En la página 20 línea quince, falta el artículo *las*.
- “ 27 “ diez, donde dice *plumarios*, léase *tales plumarios*.
- “ 36 “ nueve, están demás las expresiones *más desgarrado*, *más espeso*.
- “ “ “ once, en lugar de *pureza* léase *serenidad*.
- “ 47 “ treinta y una, en lugar de *Tory* léase *Yory*.
- “ 50 “ nueve, donde dice *con moral*, léase *con moralidad*.
- “ 59 “ tres, donde está escrito *infortunio*, léase *desastre*.
- “ 86 “ veintiseis, falta el artículo *la* al sustantivo *República*.
- “ 94 “ veintiuna, falta el artículo *el* al sustantivo *Siglo*.
- “ 97 “ veinte, en lugar de *moral* léase *intelectual*.
- “ 99 “ catorce, léase *educados*, no *educadas*.

—El autor solicita disculpa para las faltas en la puntuación, ajenas en todo á su voluntad.

